CARCOMA

Layla Martínez

Lectulandia

Todas las casas guardan la historia de quienes las han habitado. Las paredes de esta casa perdida en el páramo hablan de voces que surgen de debajo de las camas, de santas que se aparecen en el techo de la cocina, de desapariciones que nunca se resuelven. Los vecinos reniegan de sus dos habitantes a la luz del día, pero todos acuden a ellas cuando nadie los ve. La abuela se pasa los días hablando con las sombras que viven tras las paredes y dentro de los armarios. La nieta vuelve a la casa tras un incidente con la familia más rica del pueblo. Ahora, desenredando la historia de la casa, se han empezado a dar cuenta de que las sombras que la habitan estuvieron siempre de su lado.

Layla Martínez

Carcoma

ePub r1.0
Titivillus 01.04.2022

Título original: *Carcoma*
Layla Martínez, 2021
Ilustración de cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A José, para que el Diablo bendiga nuestra boda.

1

Cuando crucé el umbral, la casa se abalanzó sobre mí. Siempre pasa lo mismo con este montón de ladrillos y mugre, se lanza sobre cualquiera que atraviese la puerta y le retuerce las tripas hasta dejarle sin respiración. Mi madre decía que esta casa hace que se te caigan los dientes y se te sequen las entrañas, pero mi madre se fue de aquí hace mucho y yo no me acuerdo de ella. Sé que decía eso porque me lo ha contado mi abuela, aunque no hubiese hecho falta porque yo ya lo sé. Aquí se te caen los dientes y el pelo y las carnes y a la que te descuidas te andas arrastrando de un lado para otro o te echas en la cama y no te levantas más.

Dejé la mochila encima del arcón y abrí la puerta del comedor. La abuela no estaba allí. Tampoco bajo la mesa de la cocina ni en el armario de la despensa. Decidí probar suerte en el piso de arriba. Abrí los cajones de la cómoda y las puertas del armario, pero tampoco la encontré. Vieja de mierda. Entonces vi las puntas de unos zapatos que asomaban por debajo de una de las camas. En cualquier otra circunstancia no habría levantado el borde de la colcha porque a los que viven debajo de la cama es mejor no molestarlos, pero los zapatos de mi abuela son inconfundibles. El charol brilla tanto que puedes verte reflejada en ellos desde el otro lado de la habitación. Cuando levanté la colcha, estaba mirando fijamente las tablas del somier. Una vecina que la había visto salir del arcón una mañana le había dicho a los periodistas que la vieja tenía demencia, pero qué sabría aquella jodida chismosa que tenía siempre el pelo más cochino que la freidora de un bar de carretera. No era demencia.

Saqué a la vieja a rastras, la senté sobre la cama y la zarandeé agarrándola por los hombros. A veces funciona y a veces no, aquella vez no lo hizo. Cuando no funciona es mejor esperar a que se le

pase. La arrastré hasta el pasillo, abrí la puerta de la cámara, la empujé dentro y la encerré con llave. En esta casa todas las puertas se pueden cerrar desde fuera. Es una tradición familiar, igual que esas idioteces que hace la gente en Navidad. Nosotras tenemos muchas tradiciones, como encerrarnos las unas a las otras, pero nunca comemos cordero porque los corderos no nos han hecho nada y nos parece de mala educación.

Bajé a por la mochila y subí de nuevo las escaleras. Aparte de las escaleras a la cámara, en el piso de arriba solo hay una habitación que comparto con la vieja. Dejé la mochila sobre mi cama, la pequeña. Antes había sido de mi madre y antes de mi abuela. En esta casa no se hereda dinero ni anillos de oro ni sábanas bordadas con las iniciales, aquí lo que nos dejan los muertos son las camas y el resentimiento. La mala sangre y un sitio para echarte a la noche, eso es lo único que puedes heredar en esta casa. Ni siquiera me tocó el pelo de mi abuela, que a su edad la vieja sigue teniendo el cabello fuerte como soga que da gloria verlo cuando se lo suelta y yo con cuatro pelos lacios y raquíticos que se me pegan a la cabeza y se me llenan de grasa a las dos horas de habérmelo lavado.

La cama me gusta porque el cabecero está lleno de estampas de ángeles de la guarda pegadas con celofán. De vez en cuando el celofán se cae de viejo y de podrido pero yo enseguida corto otro trocito con los dientes y lo cambio. Mi preferida es una en la que el ángel vigila a dos niños que están a punto de caerse por un barranco. Los niños están jugando en un risco y sonríen con cara de imbéciles como si estuviesen en el patio de su casa y no al borde de un despeñadero. Son bastante mayores pero ahí están los idiotas como si nada. Muchas mañanas la miro nada más despertarme a ver si los niños se han caído ya. También hay otra estampa en la que un bebé está a punto de prenderle fuego a la casa, otra en la que unos gemelos están intentando meter los dedos en un enchufe y otra en la que una niña está a punto de amputarse una falange con un cuchillo de cocina. Todos sonríen como psicópatas con los mofletes redondos y rosados. La vieja puso las estampas ahí cuando nació mi madre para que los ángeles la protegiesen y todas las noches antes de dormir las dos se arrodillaban al lado de la cama con las palmas de las manos juntas y rezaban cuatro esquinitas tiene mi cama cuatro angelitos que me la guardan. Pero luego la vieja vio a los

ángeles de verdad y se dio cuenta de que los que habían dibujado las estampas no habían visto uno en su vida porque ninguno tiene esos rizos rubios y esas caras hermosas. Todos son más bien como insectos gigantes, como mantis religiosas. Y mi abuela dejó de rezar porque quién querría que viniesen cuatro mantis religiosas con sus cientos de ojos y sus bocas de pinzas a la cama de su hija. Ahora les rezamos porque tenemos miedo de que se posen sobre el tejado y metan sus antenas y sus patas largas por la chimenea. A veces oímos ruido en la cámara y subimos a mirar y vemos sus ojos vigilándonos por entre los huecos de las tejas y entonces les decimos un avemaria para que se espanten.

Saqué la ropa de la mochila y la coloqué encima de la cama. Cuatro camisetas, dos mallas, cinco bragas, cinco pares de calcetines y la ropa que me ponía cuando tenía que ver al juez: un pantalón negro y una camisa de flores. Esa camisa y ese pantalón eran los mismos que utilizaba para las entrevistas de trabajo porque en ellas también quería transmitir que era inocente y buena y que por tanto estaba más que dispuesta a ser explotada salvajemente. Con el juez sí funcionó lo de parecer inocente, pero con los empresarios no. Yo creo que me veían la rabia en la cara porque sonreía apretando los dientes. El único trabajo que conseguí fue cuidar al hijo de los Jarabo, a los que les daba igual la camisa y la mala sangre porque mi familia siempre había servido a la suya y así iba a seguir siempre, me vistiese como me vistiese y les tuviese el rencor que les tuviese.

Ahora la camisa ya no sirve para nada porque se ha desteñido pero ya da igual porque ya no voy a tener una entrevista de trabajo ni va a contratarme nadie, no después de lo que pasó. Ya no voy a tener que ir a apretar los dientes para que no se me salga la bilis pero dice la vieja que algo tendré que aprender a hacer. Ella lo dice porque no quiere tenerme todo el día aquí en la casa pero tiene razón porque si estoy mucho tiempo sin hacer nada me entran los nervios y la pudridera. Un trabajo que me gustaría es el de pasear perros pero aquí nadie va a pagarme por eso, aquí tienen a los perros encerrados en un corral y gracias si les echan un trozo de pan duro de vez en cuando por encima de la puerta.

Bueno, sigo. Cuando saqué la ropa de la mochila me quité la camiseta y la cambié por una limpia. Me gustaría deciros que era

bonita pero no es verdad y quiero contaros las cosas tal y como sucedieron y la verdad es que las dos eran igual de feas y estaban deformadas y desgastadas por el uso, pero al menos la segunda no apestaba al olor a cerrado de los autobuses de mierda que tenemos aquí, que tienen el olor ese como de vestuario de gimnasio pegado a la tapicería. Puse la ropa en el último cajón de la cómoda pero sabía que era una estupidez. Mañana tendría que buscarla en el armario de la cocina o en las baldas de la despensa o en el arcón de la entrada. Siempre pasa lo mismo, en esta casa no te puedes fiar de nada pero sobre todo no puedes confiar en los armarios ni en las paredes. En las cómodas un poco más pero tampoco.

Oí un ruido seco y supe que la vieja estaba golpeando la puerta con la frente. Debía de estar a punto de volver, más valía despertarla antes de que se acercase a la ventana de la cámara, que no sería la primera vez que se caía o se tiraba, que para el caso tanto daba porque se iba a quedar impedida o idiota como siguiese haciéndolo. Volví a la habitación y abrí la puerta. Esta vez la sacudí con más fuerza hasta que volvió del todo y dijo ay, hija, no te he sentido entrar. Le contesté que hacía media hora que había llegado pero que ella había estado ida todo ese tiempo. Cuando los santos se te llevan se te llevan, me dijo, y la vi salir del cuarto y bajar las escaleras. Los escalones crujieron como si estuvieran a punto de partirse a pesar de que la vieja no llega ni a los cincuenta kilos. Aquí donde la veis es todo pellejo, todo colgajo sin carne dentro. Cuando bajé yo no hicieron ruido. De los escalones tampoco te puedes fiar.

La vieja daba vueltas en la cocina, atareada de un lado para otro. Eran casi las dos de la tarde pero no tenía hambre porque yo entonces no tenía hambre nunca, lo único que tenía ahí en la tripa era una desgana como de perro enfermo. Puso dos platos hondos encima de la mesa y acercó la olla. No hizo falta preguntar qué había de comer porque en esta casa siempre comemos lo mismo. Yo me he hecho a ello porque es así desde que me acuerdo, pero a la gente esto le parece extraño así que lo cuento. La vieja pone una olla con agua al fuego y va echando lo que haya, que normalmente es lo que saca del huerto o lo que encuentra por el monte, a veces también un puñado de garbanzos o de judías que compra a los camiones que vienen a vender al pueblo. La olla hierve durante

horas y luego un poco cada día y la vieja va echando cosas según le parezca y según nos lo vamos comiendo va añadiendo agua y echando más cosas y cuando se va a poner rancio lava la olla y empieza de nuevo. Mi madre odiaba esta comida pero no importa porque ya os he dicho que mi madre se marchó hace mucho. A mí tampoco me gusta pero no digo nada porque no tengo ánimo ni cuerpo para cocinar otra cosa.

Eché varios trozos de pan al guiso como hago siempre y dejé que se empaparan. La vieja sacó una botella de vino y llenó tres vasos, uno para mí, otro para ella y otro para la santa. Anda un poco decaída, dijo, y puso el vaso junto a la figura de Santa Gema que tiene en un altar junto al fregadero. Después se sentó en la mesa, a mi lado, y quiso saber si había mucha gente en el autobús. Solo yo y el carnicero, le dije, y ella preguntó si el carnicero me había dicho algo con esa lengua que tiene de baboso y arrastrado que si se la muerde se envenena. No había dicho nada porque en este pueblo además de arrastrados son cobardes y aquí a la cara no te dicen nada a no ser que se junten cuatro o cinco.

Mi abuela se levantó y echó más vino en el vaso de la santa, hasta que estuvo a punto de derramarse. Después se santiguó. A ver si la Gemita le lleva malos sueños esta noche al desgraciado, dijo, pero yo sabía que no porque la santa no puede ocuparse de tanto miserable como hay en este pueblo. De eso nos tenemos que ocupar nosotras. Cuando acabamos, recogí los platos y los puse en el fregadero. Mi abuela se fue al comedor y se tumbó en la banca para rezar el rosario. Un avemaría para los muertos, otro para los santos y otro para la Virgen del Monte, que guarda el pueblo desde lo alto de la sierra.

Salí al patio delantero y me senté en el poyete que hay junto a la puerta. El pueblo siempre está vacío a estas horas, pero de todas formas los vecinos no vienen hasta nuestra puerta a no ser que necesiten pedirle algo a la vieja. Cuando no les queda otro remedio que pasar por delante para ir a algún olivar o a una era, aprietan el paso como si acabaran de darse cuenta de que se han dejado la llave del gas abierta. Aun así algunos tienen tiempo de escupir a la puerta del patio. Los gargajos se quedan pegados y dejan manchas blancas cuando el sol los seca. Una noche alguien echó lejía en la parra. Las hojas se cayeron, pero las ramas todavía se aferran a la

fachada. Mi abuela se negó a arrancarla. Que la vean todos, dijo. De una de las ramas colgó una estampa de Santa Águeda. El nimbo y la bandeja donde llevaba los pechos amputados en el martirio eran dorados. Una urraca arrancó la estampa y se la llevó. Dejamos más cosas brillantes para la urraca, pero no vino a por ellas, solo estaba interesada en la santa. La entendí perfectamente.

Oí una voz que me llamaba y volví adentro. La atmósfera se había hecho más pesada, la casa contenía el aliento. Fui al comedor, pero la vieja dormía en la banca con la boca abierta y el rosario en la mano. Volví a escuchar la voz, esta vez en el piso de arriba. Subí corriendo las escaleras, pero solo pude ver cómo se cerraba la puerta del armario. No iba a caer en la trampa. Puse una silla delante y atranqué la puerta del mueble. Me giré para salir, pero antes de llegar al pasillo empezaron los golpes. Al principio eran débiles, después subieron de intensidad. Llamaban desde dentro, cada vez con más fuerza. Después empezaron los arañazos y las sacudidas y la puerta del armario comenzó a astillarse. La madera se rompía con cada golpe. Del interior del mueble salía un llanto como de niño que reconocí enseguida porque lo había oído cientos de veces. Me acerqué hasta la puerta. En ese momento, la silla cayó al suelo y el armario se abrió. La casa entera se contrajo alrededor de la habitación, expectante.

Es mejor que esté cerrada, niña, dijo la vieja a mi espalda. Su voz me sobresaltó, no la había escuchado subir las escaleras ni entrar en la habitación. Las voces del armario siempre tienen ese efecto, una especie de atontamiento que no te deja pensar en nada más cuando las oyes, como si te hubieses quedado idiota o sorda o las dos cosas. La vieja se acercó al armario, sacó la llave que siempre lleva con ella y lo cerró después de apartar la silla que yo había puesto. La casa estrechó sus muros y sus techos sobre nosotras, se nos echó encima quién sabe si para protegernos o para ahogarnos, quizá para las dos cosas porque entre estas cuatro paredes no hay mucha diferencia.

Oímos el motor de un coche detenerse en el camino de tierra, frente a la puerta del patio. Me acerqué a la ventana y descorrí el visillo. Un destello de luz me deslumbró durante unos instantes, el sol se reflejaba en el objetivo de una cámara que apuntaba hacia la casa. Alguien debía de haberles avisado de que había vuelto.

Cuando sucedió todo, el pueblo se llenó de periodistas y hablaron con los vecinos y todos corrieron a contarles chismes a ver si así salían en la televisión. Claro que salieron, cuanto más contaban y más se inventaban más salían. Los entrevistaban en directo en los programas de por las mañanas y ellos decían que apenas había ido al colegio que no hablaba con nadie que nunca se me habían conocido novios pero que miraba a las muchachas. Ay, yo no me quiero meter pero a mi nieta la mira como con ansia, ay, yo no sé pero aquí no se la ha visto con ningún hombre, decían los hipócritas y el odio se les quedaba entre los dientes junto a los restos de comida. Falsos y arrastrados es lo único que hay en este pueblo, ya os lo he dicho. Todos están deseando ir a chivarse al patrón a la guardia civil a los periodistas da igual de qué pero ir a chivarse de algo a ver si con eso les dan una palmadita.

De la vieja también chismorrearon. Dijeron que hablaba sola que dormía en el arcón que se lavaba desnuda debajo de la parra. Las entrevistas eran cada vez más largas y ellos hablaban cada vez más. Todos querían salir en la televisión y cuanto más inventaban más salían. El ansia se les trepaba por la garganta y se les enredaba en la lengua y de aquellas bocas solo salía bilis y más bilis que llevaban guardada de años o que les acababa de nacer, daba igual porque el resultado era el mismo. Dijeron que habían visto a la vieja escarbar en el cementerio para coger huesos, hablar con los muertos cuando no había nadie más en la casa. Hablaban y hablaban y sus chismes y sus mentiras se discutían en los programas de televisión y se hacían virales en las redes sociales y todo el mundo creía saberlo todo sobre nosotras. La mayoría nos cogió asco. También odio, un odio denso que se les pegaba al paladar y se les escurría por las comisuras de los labios mientras debatían sobre nosotras delante de las cámaras. Algunos nos tuvieron lástima y dijeron que estábamos enfermas y que había que llamar a los servicios sociales para que se hicieran cargo de la vieja y quizá también de mí que parecía un poco ida o un poco retrasada o en cualquier caso no lo suficientemente normal. A mí me da igual que piensen que estoy loca o que soy idiota pero que me tengan lástima eso no, eso sí que no, que no he hecho todo lo que he hecho para que ahora cualquier mugriento me tenga pena.

La vieja me apartó de la ventana porque ya veía que me pudría

de ver a los periodistas otra vez. Intenté sacármelos de la cabeza para que no se me agarrasen los nervios pero yo sabía que seguirían ahí racarracarracarraca en el cerebro incluso en los momentos en que no pensase en ello y luego saldría otra vez todo por la noche cuando estuviese en la cama que antes había sido de mi madre y antes de mi abuela y antes de eso no sé. He oído el llanto del niño, le dije a la vieja un poco por cambiar de tema y otro poco por ganas de hablar porque las semanas en preventiva me habían embrutecido de no hablar casi. La casa está inquieta desde que has vuelto, contestó, y dio por zanjado el tema porque ella de hablar nunca tenía ganas si no era porque había que decir algo. Como vio que yo no me quedaba conforme se volvió antes de salir de la habitación. Ya sabes que hay dos maneras de que se calme, dijo, rezar a los santitos o darle lo que quiere.

Bajó pesadamente las escaleras y me quedé otra vez a solas con el armario. Estaba ansioso y hambriento, podía notarlo. Sentía su hambre como de perro en corral, como de caballo con traba. Al pasar junto a él para seguir a la vieja la madera crujió. Me provocaba para que abriese la puerta el muy retorcido pero esos trucos yo ya me los conocía.

En la cocina la vieja había encendido la lumbre para pedirle algo. Alimentaba el fuego con maleza seca con ramas de pino con papeles viejos. Todo trocitos pequeños para que el fuego no se le volviese codicioso. Lo miraba y le susurraba cosas. Los rezos se le caían de los dientes sin que yo llegara a oírlos pero sabía que le pedía a Santa Bárbara decapitada por su padre en la cima de una montaña a Santa Cecilia bañada en agua hirviendo a Santa María Goretti asesinada mientras intentaban violarla a todas las santitas muertas a manos de hombres rabiosos.

Cuando salió del trance, la vieja me tendió una estampa. Dale esto al periodista de ahí fuera, dijo, y le cantó al fuego para que se fuese durmiendo mientras separaba las brasas. Era una imagen del arcángel San Gabriel con la armadura dorada y las alas desplegadas. En una mano llevaba una espada y en otra una balanza y eso a mí me gustaba porque me figuraba que quería decir que no hay justicia sin muerte ni muerte sin penitencia. Lo que no me gustaba es que ese también fuese hermoso y no una mantis una polilla una langosta porque eso quería decir que ese pintor tampoco había visto nunca

un ángel. Todos los pintores de estampas son unos farsantes y a mí ya me cansa tanta mentira.

No quiero que me graben, me quejé, pero a la vieja le dio igual como le dan igual todas mis quejas. Crucé el pasillo y abrí la puerta delantera. La casa se estremeció no sé si de placer o de asco pero no importa porque aquí en eso hay poca diferencia. No reconocí al periodista, todos se me hacen iguales. La misma barba, el mismo corte de pelo, el mismo tono de voz como de acusarme como de no parar de acusarme. Todos me pudren lo mismo.

Atravesé el patio y abrí la verja. Un regalo de parte de mi abuela, le dije, y le tendí la estampa. El idiota se me quedó mirando sin saber qué hacer, yo creo que nos habían cogido miedo de tantas historias que habían escuchado pero a mí me parecía bien porque siempre es mejor que te tengan miedo a que te tengan lástima. Su compañero era más espabilado, encendió la cámara en cuanto abrí la puerta del patio. Al cabo de unos instantes el pasmado también reaccionó, cogió la estampa y sujetó la puerta de la verja para que no pudiese cerrarla. Forcejeé con la puerta mientras me hablaba, pero no oí lo que me decía porque yo solo pensaba que si lograba que moviese un poco más la mano hacia la derecha podría machacarle los dedos al cerrar. Debió de darse cuenta de algo porque cuando le miré a los ojos apartó la mano como si de pronto la puerta quemase.

Cuando entré de nuevo en la casa oí a la vieja en la cámara. Por el sonido debía de estar moviendo las ollas de la matanza. Estaban medio podridas de no usarlas pero nos resistimos a vendérselas al chatarrero porque quién sabe cuándo se puede necesitar una olla en la que cabe un cuerpito como de lado. Además ahí se le esconden a la vieja los difuntos que vienen perdidos y temblando y a ella le da pena quitarles las ollas y que no tengan sitio donde meterse. Llegan a la casa después de andar por el monte llenos de barro y de mugre y de sangre todo temblores y miedo porque a saber lo que han visto y cuánto han tenido que escarbar en esas fosas y a ella le da pena que no tengan ni una olla para esconderse hasta que se les pase la angustia.

Salí al patio trasero a ponerles comida a los gatos. En verano no pasaban mucho tiempo en casa, preferían treparse a la higuera del huerto o bajar por el barranco a buscar el fresco, pero venían todos

los días a asegurarse de que estábamos bien y a llenar la tripa, que les teníamos dicho que dejasen en paz a los pájaros y a las lagartijas que ellos ya tenían bastante con el pienso y no les iba a faltar. Cuando me vieron algunos empezaron a maullar como descosidos y otros se acercaron a que les rascase la cabeza. Les llené los cuencos y nos quedamos holgazaneando hasta que se hizo de noche, porque de todas formas en esta casa no hay mucho que hacer más que recocer la rabia dentro de la tripa y eso yo ya lo tengo resuelto.

En la cocina la vieja había puesto la mesa. Sobre el hule había tres platos, tres vasos y tres trozos de pan. A tu madre le he puesto un plato porque se la ve intranquila, dijo la vieja. Yo de mi madre no me acuerdo. Mi abuela me ha enseñado fotos cientos de veces, las saca de la caja de galletas donde las guarda cada vez que se le hace un nudo la pena o el rencor que en esta casa son lo mismo. Me las enseña pero yo no siento cariño ni aprecio ni nada porque a esa adolescente de las fotos ya casi le doblo la edad y no siento que esa niña pueda ser mi madre. Rencor sí siento un poco pero es porque se me ha pegado de mi abuela y porque me da rabia que a una adolescente se la lleven así sin ropa sin dinero sin querer ella irse y todo lo que se sepa es que se subió a un coche y nadie volvió a verla.

Cuando acabamos fregué los platos, le apagué las velas a las santas porque nunca se debe dejar nada peligroso al alcance de un santo y subí a la habitación. La vieja ya dormía con esos ronquidos suyos como de perro cansado. Mi ropa estaba tirada por el suelo del cuarto, la recogí toda menos la que veía salir de debajo de la cama porque si una cae una vez en una trampa no es su culpa pero si cae cuatro o cinco veces sí y a mí esto me ha costado aprenderlo pero ahora ya lo aplico. Me dormí pronto y no me desperté hasta que oí unos golpes en la puerta principal. Había amanecido hacía rato pero era pronto para que viniese nadie. Me levanté y bajé las escaleras. La vieja estaba en el umbral, con el cabello suelto como hacía cuando quería asustar a la gente.

El hombre entró cuando ella se echó a un lado, pero solo avanzó unos pasos. Me vio al pie de la escalera y apartó la mirada. Podía notar su miedo desde donde estaba pero no le tenía pena porque no era solo miedo lo que tenía dentro, era también soberbia y desprecio. A esas horas no hacía mucho calor todavía pero el sudor

le empapaba la frente y las axilas. Tenía los labios resecos y amoratados como si estuviera enfermo pero no lo estaba, yo sabía que no lo estaba, que lo único que tenía era una mezcla de vergüenza, asco y miedo que se le atravesaba en la garganta cada vez que nos veía.

Qué quieres, le dijo la vieja con todo el desprecio que fue capaz de juntar en la lengua. Él agachó la mirada y habló como pidiendo perdón aunque yo sabía que si la vieja le apretaba un poco más lo que iba a salir era la soberbia. Me ha mandado la Emilia a ver si tienes ya lo del muchacho, que se examina este sábado, dijo. No sabía si venir por si estaban los periodistas pero en el pueblo dicen que anoche se salieron en una curva camino del hotel y que el coche ha quedado para el desguace, continuó con las palabras amontonadas en la boca como a borbotones. La Emilia me ha dicho que ya había hablado contigo y que solo era recogerlo.

Me acerqué hasta él y noté que se estremecía un poco de miedo y otro poco de asco aunque intentó disimularlo. Y por qué iba mi abuela a ayudarte a ti, le pregunté con la cara muy cerca de la suya. Es para el chico, dijo, y se limpió el sudor de las manos en el pantalón. Yo no les conté nada a los periodistas, continuó. Muchos iban con invenciones y habladurías pero la Emilia y yo decíamos que eso no podía ser. Venían todos los días, nos preguntaban cosas de cuando eras chica y de cuando desapareció tu madre y algunos inventaban lo que fuese para salir en la televisión pero yo decía que eso no podía ser.

Para tu hijo no tengo nada pero sí para ti, cortó la vieja, que se había fatigado ya de tanta tontería y tanta mentira. Nos dejó solos en la entrada y fue a la cocina. El hombre levantó la vista y me miró a los ojos, la soberbia le asomaba ya pero se notaba que no quería sacarla todavía. El olor a sudor de sus axilas se mezclaba con la atmósfera densa de la casa. La vieja volvió y le tendió una foto. Anoche me dieron un mensaje para ti, le dijo. Quiere que os diga que os está esperando. El hombre cogió la foto y la miró confuso. En ella aparecía mi madre junto a otros chicos del pueblo. Él también estaba, los años le habían puesto papada pero no le habían quitado la cara de idiota. No sé de qué me hablas, dijo con el orgullo que le quedaba mientras le devolvía la foto. Sí lo sabes sí, respondió mi abuela, y al hombre los restos de soberbia se le

escaparon y todo lo que le quedó fue un temblor de manos como de costalero cargando al cristo. Se giró para salir pero chocó conmigo y la cara se le puso morada y luego blanca y el cuello de la camisa se le empapó de sudor.

La puerta de la calle se cerró de un portazo para impedir que saliese. Nos envolvió una ráfaga de aire caliente y espeso. En la cocina los vasos y los platos comenzaron a chocar entre sí dentro de la alacena. En el piso de arriba empezaron a escucharse ruidos como de arrastrar muebles como de abrir y cerrar cajones. La casa entera estaba rabiosa como nosotras, se notaba en cada baldosa y en cada ladrillo. El hombre se había quedado paralizado junto a la puerta, sudando y temblando pero sin poder moverse. Los labios le tiritaban como de frío pero a esa hora el sol ya caía sin compasión alguna y de la calle entraba un aire que más que aire era fuego.

La vieja me puso la mano en el brazo y a mí se me vino al cuerpo todo lo que había pasado en los últimos meses. La detención el interrogatorio las lágrimas de la madre las ruedas de prensa el niño el niño el niño. Dije me dejé la puerta abierta y el niño salió solo dije se me había olvidado cerrarla después de sacar la basura dije llevaba más de doce horas trabajando dije fue solo un momento un descuido pero cuando me di cuenta ya había desaparecido. Se me volvió todo otra vez. Las cámaras de seguridad que habían grabado al niño saliendo solo los tertulianos que decían que dos desapariciones en la misma familia no podían ser coincidencia los vecinos que decían que era un poco retrasada un poco corta o al menos un poco vaga porque no había estudiado no había trabajado hasta que los Jarabo me habían contratado por hacerle un favor a mi abuela que los había servido hasta que se casó.

Ahora también se me está volviendo todo al cuerpo otra vez. No sé si voy a poder seguir porque me entra la angustia pero lo intento que ya estoy acabando. La vieja me dijo ya sabes lo que tienes que hacer y yo lo hice. Cogí del brazo al hombre que seguía paralizado como si estuviese viendo un fantasma y quizás era verdad que lo estaba viendo o quizás estaba viendo algo peor porque hay muchas cosas peores que los muertos que se aparecen. En el piso de arriba los golpes eran cada vez más fuertes pero pararon en cuanto puse el pie en la escalera. Tiré del hombre hacia arriba y entramos a la habitación. El faldón de la colcha se movió ligeramente cuando el

tacón de una bota desapareció debajo de él. La puerta del armario estaba abierta. De su interior salía un aire frío y húmedo como niebla de barranco o fosca de aljibe. El hombre empezó a caminar hacia la puerta del mueble atraído por un murmullo que yo no oía pero que sabía que estaba ahí porque podía sentirlo como se sienten los apagones o las tormentas, como canto de cigarra pero en el fondo de los huesos. Cuando se sumergió en las sombras cerré la puerta.

2

Después de aquello la casa se estuvo tranquilita un tiempo. Se acabaron los portazos y los chirridos y el arrastrar de muebles. Hasta volvieron a crecer los hierbajos y la maleza en el patio de atrás, el zarzal llegaba a las ventanas de la habitación. Los muertitos también se callaron, dejaron de murmurar debajo de la cama y de sollozar en la alacena. No los vi durante unos días, hasta que uno sacó la mano por debajo de la colcha. Estuvo a punto de agarrarme el tobillo pero se la pisé bien fuerte, con todo el tacón del zapato. O haces eso para que aprendan o a la que te descuidas te pierden el respeto y acabas arrastrándolos por toda la casa colgados de las faldas.

A mi nieta también debería haberle dado un buen pisotón más de una vez. O una buena bofetada. Tendría que haberle arrancado lo que lleva dentro antes de que echase raíces y se le agarrase a las tripas. Los santos del cielo y las almas del purgatorio bien saben que lo intenté. Le caminé descalza a la Virgen la subida a la ermita y le recé novenas, pero ni ella me lo quiso conceder. Ahora ya es tarde, lo supe el día que empezó a trabajar para los Jarabo. Los santitos me lo habían dicho pero yo no había querido verlo. Cogió ese trabajo sin decirme nada y ahí me di cuenta. Aquello le había crecido dentro igual que a mi madre, igual que a mí. Hice lo que pude, pero las cosas que se llevan dentro no se arrancan fácilmente. En esta casa eso lo sabemos bien.

Cuando la detuvieron, a la guardia civil le contó las mismas mentiras que os ha contado a vosotros. Toda esa historia de que el niño salió solo a la calle y nadie lo volvió a ver. No creáis nada de lo que acaba de decir. Pone la cara esa de no haber roto un plato y todos los idiotas se creen lo que cuenta. Hacedme caso a mí que yo sé lo que tiene dentro, ya os lo he dicho. Sé lo que tiene dentro la

gente. Yo lo veo, y lo que no veo me lo cuentan los santos cuando se me llevan. Sé cuándo mienten, cuándo desean lo que no deben, cuándo tienen envidia y celos hasta de sus hijos y sus hermanos. Les veo las sombras que llevan dentro.

También veo las sombras aquí. Las veo arrastrarse por las escaleras y los pasillos, reptar por el techo, acechar detrás de las puertas. La casa está llenita de ellas. A algunas las hemos visto llegar desde el pueblo y desde el monte, pero otras están aquí desde que se construyó la casa. Se mezclaron con la argamasa de los ladrillos y con la cal de las paredes. Están en los cimientos y en las tejas, en los suelos y las vigas. Mantuvieron la casa a salvo durante tres años de guerra y cuarenta de posguerra, cuando todo se convirtió en hambre y polvo y era imposible distinguir a los muertos de los vivos. Por aquí no vinieron con su peste cuando ganaron, a mi madre la dejaron tranquila. Pero todo tiene un precio y siempre hay que pagarlo. Es otra de las cosas que sabemos bien en esta familia. Tarde o temprano se paga todo.

Aquí estuvimos a salvo de los paseos y los golpes en la puerta de madrugada, pero esta casa no es un refugio, es una trampa. Nadie sale de aquí nunca y los que se van siempre acaban volviendo. Esta casa es una maldición, mi padre nos maldijo con ella y nos condenó a vivir entre sus paredes. Y aquí hemos estado desde entonces y aquí seguiremos hasta que nos pudramos y mucho después de eso.

Cuando mi padre compró el terreno aquí no había nada. Le salió barato porque nadie quería vivir en un baldío lejos del pueblo que no valía ni para labranza, lo único que se podía sacar de aquí eran zarzas y piedras. No había ninguna otra casa cerca. Lo único que había por aquí eran las cuevas excavadas en el monte donde vivían los que no tenían otro sitio, desgraciados que enterraban hijos todos los años. Decían que se morían de fiebres pero vete a saber de qué era porque allí el único que iba era el cura a dar la extremaunción y solo si le pagaban, pero médico no iba ninguno. De vez en cuando también se moría una familia entera de golpe, la montaña se les caía encima mientras dormían. A veces era por las lluvias que se filtraban y deshacían la tierra. Otras veces eran ellos, que cavaban donde no debían. Intentaban hacer hueco para otro jergón, para un niño recién parido, y metían el pico donde no tenían que meterlo. El estruendo se escuchaba en todo el pueblo, pero cuando llegaban

los vecinos ya era tarde. El monte se los había tragado. La mayoría de las veces no intentaban sacar los cuerpos. Era peligroso y de todas formas ningún primo ni ningún hermano iba a pagar seis o siete entierros. Cuando una pierna o un brazo asomaba entre los escombros, los vecinos echaban tierra encima y rezaban un padrenuestro pa que se fuesen al cielo. Pero no se iban. Nadie volvía a pasar por delante de las cuevas que se caían porque todos sabían que seguían allí.

Que me perdone la Virgen pero yo a veces pienso que Dios no existe porque si existiese cómo no se iba a llevar a esos desgraciados al cielo, que no habían hecho nada en su vida más que pasar hambre y reventarse a trabajar pa otro. Los santos y los ángeles sí sé que existen porque los he visto con estos ojos, y a la Virgen le tengo devoción porque me ha cumplido todas las promesas menos la de mi nieta, que ya vi yo que era imposible cumplirla. Pero cómo va a haber un Dios que mande a esta gente al infierno si el infierno es lo que vivían en esas cuevas reventaícos y sin na que llevarse a la boca. Igual por eso los dejaba aquí y no se los llevaba ni a un sitio ni a otro, porque ya habían tenido bastante infierno pero para el cielo no llegaban porque el cielo está lleno de obispos y gente fina que puede pagarse misas y entierros y qué iban a hacer allí estos miserables. El caso es que se quedaban agarraos a los escombros y al cabo de un tiempo alguno venía a la casa y se escondía en la alacena y ahí llevan desde entonces, yo no tengo estómago para echarles.

Mi padre nunca se acercaba a las cuevas, ni siquiera cuando el estruendo del derrumbamiento despertaba a todo el pueblo y los hombres acudían a contar los cuerpos que asomaban entre la tierra. Aquella gente le daba asco hasta muerta. Tenía miedo de que se le pegasen las chinches y los piojos, y la pobreza, que también se pega. Los despreciaba con todo el odio que le cabía en las tripas, y a mi padre le cabía mucho odio dentro.

Mucho tiempo después, cuando las cuevas ya no existían porque todos se habían marchado a la capital, a vivir en otras chabolas pero bajo el cielo en vez de bajo tierra, supe que él se había criado en una de ellas. Por eso muchas madres odian en secreto a sus hijos y por eso aquí en esta casa nos hemos envenenado tanto unas con otras, porque odiamos lo que nos recuerda a nosotras. A él aquellos

desgraciados le recordaban a su madre, con las manos llenas de sabañones por lavar en el río la ropa de otros; a su padre, que se desangró de una hemorragia en las tripas por comer garbanzos crudos que había robado en un campo cuando ya no aguantaba más el hambre. Cuando salió de aquella cueva gracias a una cuadrilla de esquiladores que le cogió de aprendiz, mi padre se dijo a sí mismo que no iba a volver nunca. No lo hizo, ni siquiera para el entierro de su madre dos años después. Siempre fue fiel a sus odios.

Con la cuadrilla corrió toda la península. Empezaban la temporada en Andalucía y acababan en Francia. No era mala vida pa haber salido de las cuevas, los muchachos de ahí con suerte iban echando el jornal donde podían y sin ella bajaban al río a cazar ratas. Pero a mi padre aquello no le gustaba. No estaba pa oler a establo y quitarse garrapatas. Era mejor que su casa, pero no era suficiente. Él quería camisas limpias, zapatos lustrosos, pantalones planchados con la raya en el medio. No era idiota, sabía de sobra que nunca iba a ser un señorito, pero también sabía que no quería trabajar para ninguno. No quería esquilar sus rebaños ni labrar sus tierras, no quería tratar de usted a sus hijos ni levantarles las presas en las monterías. A los señores también los odiaba, aunque de otra manera. No porque le recordasen lo que era, sino porque le hacían pensar en lo que nunca sería.

En alguna de aquellas cuadras llenas de ovejas, mi padre tomó una decisión. Pensó hacer todo lo que hacen los hombres que odian lo que son: utilizar a los que están por debajo de ellos. Toda su vida había pensado que no tenía nada, pero se dio cuenta de que no era cierto. Tenía poder. Es verdad que era un poder pequeño y escurridizo, una especie de babosa que se deslizaba por entre los dedos si te descuidabas y dejaba un espumarajo denso que lo manchaba todo, pero podía ser suficiente para conseguir lo que quería.

Primero fue la Adela. No le costó mucho, bastaron un vestido barato y un frasco de colonia traídos de Cuenca. Mi padre no era guapo, pero en lo que iba de una cuadra a otra había aprendido algunas cosas. Las palabras que había que utilizar, lo que había que hacer. Tampoco era difícil, Adela solo era una niña tonta que nunca había tenido nada bonito. Yo también fui así de idiota, pero tuve la suerte de no cruzarme con un hombre como mi padre.

La Adela se creyó todo lo que mi padre le decía. Que la iba a llevar de paseo cogida del brazo, que la iba a sacar a bailar en las fiestas, que le iba a comprar almendras garrapiñadas y caramelos de duro. Que iría a ver a su padre para hacer las cosas como Dios manda, que serían novios, que se casarían en la ermita, que le daría hijos y le pondría su nombre al más mayor de todos. Seguro que hasta le veía guapo, que no le importaba la nariz torcida ni los labios finos que nadie sabía de dónde había sacado porque en su familia todos eran buenos mozos, bien altos y bien apuestos, y eso a pesar del hambre y de las penas que habían pasado. Mi padre solo necesitó tres meses. Cuando Adela estuvo dentro de la trampa, la cerró con llave.

Con la Felisa fue más difícil. Ya no era una niña, sabía que los hombres mienten y exageran para conseguir lo que quieren, que de lo que dicen no hay que creerse ni la tercera parte porque el resto se va en embustes. Los regalos baratos y las palabras bonitas no servían con Felisa. No confiaba en mi padre, no se creía todas aquellas lisonjas que le soltaba. Habían pasado los años por ella y dijese lo que dijese sabía que cuando él la miraba veía los pechos caídos, las arrugas debajo de los ojos y las carnes blandas. Por qué iba a interesarse por ella un hombre al que sacaba diez años si no era porque quería algo. Todos querían algo siempre, más todavía si una era vieja y ya no tenía nada prieto. Pero Felisa estaba sola. No tenía familia por aquí y había perdido a su marido también de las fiebres esas de las que se morían todos los pobres. Había criado sola a un niño que vino tarde y flojo y que lloraba todo el día y toda la noche, a ratos de hambre, a ratos de frío y a ratos de una soledad monstruosa que se arrastraba por la casa como una gallina a medio degollar. Felisa no creyó a mi padre pero quiso creerlo, y al final esas dos cosas se parecen mucho. Cuando se dio cuenta, su trampa también estaba cerrada con llave.

Después hubo otras. La María, que se fue de casa después de una paliza de su padre que la dejó coja. La Joaquina, que se hartó de que el señorito la arrinconase en la cocina para meterle mano. La Juana, a la que llevó su propia madre porque en su casa había demasiadas bocas. No sé si mi padre quiso a alguna de ellas o si también las odiaba, en su caso no había mucha diferencia. A la Adela y la Felisa las tuvo un tiempo en una cuadra a las afueras del

pueblo. Puso un jergón y una palangana y las iba turnando. Él esperaba fuera para que ninguno estuviese más tiempo del que había pagado ni estropease el género de una paliza. El dinero siempre iba por delante, les cobraba antes de entrar y luego le echaba las cuentas a la Adela y a la Felisa, que siempre salían perdiendo pero no se quejaban, en parte por miedo y en parte por amor, que muchas veces también es lo mismo.

Al cabo de un tiempo arrendó la antigua casa del molinero y amplió el negocio. Cada vez había más clientes y no podía tenerlos esperando porque en esa espera a muchos les entraba el arrepentimiento y se volvían con la mujer, y otros se emborrachaban y se ponían violentos y había que sacarlos a golpes. De todas formas nunca tuvo más de cuatro chicas a un tiempo. El negocio habría dado para más, pero mi padre sabía que los ricos detestan la avaricia de los pobres y sin el consentimiento de los señoritos nunca podría haber abierto. Habría bastado una mirada, un mal gesto, un comentario hecho a la persona adecuada para que la guardia civil lo cerrase y se lo llevase detenido, o para que le pegasen una paliza y lo dejasen medio muerto allí mismo, que ahí tampoco había mucha diferencia. Era mejor tenerlos contentos y no llamar la atención, no llevar ropas más caras que las suyas ni tener la cartera más llena. Cada uno tenía que saber cuál era su sitio. Mi padre sabía que al dinero le gusta el orden, que prefiere las sonrisas serviles a las miradas desafiantes. Yo creo que se casó con mi madre por eso, para mantener el orden, para guardar las apariencias.

Lo que no sé es por qué lo hizo ella. Quizá se enamoró de él y creyó que iba a cambiar cuando se casase, las mujeres éramos así de idiotas antes. Quizá vio una oportunidad para no acabar sirviendo en Madrid, donde la señora se reiría de su acento cuando invitase a sus amigas a tomar café y el señor le tendría pena por paleta y por simple y le diría que menos mal que le habían dado la oportunidad de ir a la ciudad con ellos. Lo que está claro es que mi madre sabía a lo que se dedicaba mi padre porque en el pueblo no era ningún secreto. Quizá se engañaba pensando que él ayudaba a esas desgraciadas, que evitaba que las robasen o las matasen de una paliza. Quizá no le importaba que les sacase el dinero, que les hiciese creer que las quería y que algún día se iba a casar con ellas. Puede que lo que le gustase de mi padre fuera precisamente que la

única promesa que cumplió en su vida fue la que le hizo a ella, que con ella fuese verdad el voy a casarme contigo que le decía a todas. No era la mejor moza, tenía la frente demasiado grande y los ojos demasiado juntos, pero mi padre la eligió a ella y quizá lo que le gustó fue eso, sentirse mejor que las demás. De todas formas da igual la razón, se arrepintió enseguida.

La casa fue el regalo de bodas que mi padre le hizo a mi madre. La construcción era imponente para un pueblo como este, donde algunos pasaban el invierno retorciéndose entre espasmos y echando espuma por la boca por no tener pa comer más que gachas de almortas. Pero no tanto como para que los señoritos pensasen que mi padre podía ser una amenaza, que él eso siempre supo calibrarlo muy bien. Por dentro también era hermosa. Mi padre encargó puertas talladas a mano, sábanas bordadas, muebles traídos de la capital. Siempre había tenido buen gusto, o al menos había sabido elegir las cosas que hacen que los demás crean que lo tienes.

A mi madre le encantó la casa. Nunca había vivido en un sitio como ese, cuando daba el sol por la mañana los suelos brillaban y las paredes relucían. El aire entraba por las ventanas y las persianas protegían del calor del verano y del frío del invierno. La cocina era amplia y luminosa y frente a la puerta delantera mi padre había plantado una parra para que diese sombra. Pero lo que más le gustó a mi madre es que la casa tenía luz eléctrica y ella nunca había visto algo así más que espiando entre los visillos de las Adolfinas y los Jarabo. Era una sola bombilla con un cable largo que se llevaba de una habitación a otra, nada que ver con las lámparas de los Jarabo que relucían como la corona de los santos o con las arañas de cristal que colgaban de los techos de las Adolfinas, pero mucho mejor que los candiles de sebo que solo daban esa luz como desmayada, como muerta de hambre.

Pero cuando se trasladaron allí después de la boda, mi madre comprendió enseguida que aquello no era más que un embuste. A ella también le habían mentido. Fuese cual fuese la razón por la que se había casado, ya fuese por soberbia, por amor o por hambre, no era más que una idiota a la que mi padre había engañado como a todas las demás. Puede que hubiese cumplido su promesa, pero pronto se dio cuenta de que mi padre era mucho peor cuando mantenía su palabra que cuando no lo hacía.

La casa en realidad estaba llena de sombras. Estaban en cada ladrillo, debajo de cada baldosa, tras la cal de las paredes, mezcladas con la argamasa. Aparecían cada vez que mi madre abría la alacena de la cocina, cada vez que descorría las cortinas de la habitación. Surgían de la oscuridad del aljibe, reptaban por debajo de la mesa, se arrastraban por los pasillos. Mi madre las oía respirar junto a la cama, acechar detrás de cada puerta. Ay, Benito, aléjame este mal de la casa y yo te hago una novena de rodillas, le rezaba al santo, aléjamelo y yo te subo a la ermita descalza. Pero en vez de irse las sombras crecían. Tampoco se las llevó San Cipriano, que protege de las hechicerías, ni San Alejo, que guarda de los enemigos y las envidias, aunque mi madre les pedía cada noche. Llévate estos demonios, Cipriano mío, decía cada vez que notaba el aliento de una de ellas al borde de la cama, pero las sombras en lugar de irse engordaban.

Las palizas empezaron enseguida. De eso mi madre nunca me habló pero me lo contó la Carmen, que lo había oído en el pueblo. Antes de eso no se hablaba en voz alta aunque lo supiese todo el mundo. Si tenías suerte, tus hermanos y tu padre le pegaban una paliza para que no se le fuese tanto la mano, como hicieron con el marido de la Antonia, que de la paliza que le dieron en el olivar le dejaron idiota para toda la vida. Si no la tenías, eran los hombres de tu familia los que acababan de desgraciarte pa que no hicieses escándalo. Mi madre no tenía más hermanos que dos mocosos esmirriaos a los que daba tortas y pan a escondidas para que no se muriesen de hambre y un padre al que no le contó nada por vergüenza y por orgullo, pero que tampoco habría hecho nada porque para él se había muerto el día que se casó con un putero y bien se había ganado que la tratase así.

Si mi madre había pensado que era mejor que las demás, mi padre le bajó la soberbia a golpes. Era igual que aquellas mujeres, las mismas palizas y el mismo miedo. A ellas las tenía encerradas en una casa y a mi madre en otra. Mi padre no le había regalado aquella casa, la había condenado a vivir en ella. Se había construido sobre el cuerpo de aquellas mujeres y se mantenía sobre el de mi madre. Sobre su dolor y su miedo. No era un regalo, era una maldición.

Lo que mi padre no sabía es que iba a quedarse encerrado

dentro de la cárcel que estaba construyendo. Cuando mi madre se dio cuenta de que nunca iba a poder salir de aquella casa, dejó de pedir a los santos y empezó a hablar con las sombras. Cada vez que las oía murmurar debajo de la cama o las sentía acechar detrás de la puerta, les cantaba canciones como si fuesen niños chicos. Duérmete, vida mía, duerme sin pena, que a los pies de la cuna tu madre vela. Duérmete niño de cuna, duérmete niño de amor, que a los pies tienes la luna y a la cabecera el sol. Y las sombras se calmaban y se quedaban quietas y le debieron coger cariño a mi madre y odio a mi padre porque la casa entera rezumaba rencor en cuanto él atravesaba el umbral. Podía sentirse en la humedad de las paredes, en los crujidos de los escalones, en los chirridos de las puertas. Por primera vez en su vida mi padre empezó a tener miedo. Se deshizo del hacha de la leña, del atizador de la lumbre, de los cuchillos de la cocina. Cada vez estaba más tiempo fuera, a veces pasaban semanas sin que durmiese en la casa.

Pero entonces estalló la guerra. Mi padre sabía que no estaba hecho para el frente, una cosa es darle una paliza a una desgraciada y otra acabar destripado en un agujero como un cerdo de matanza. Cuando le llamaron a filas, le dijo a mi madre que lo escondiese. Esa noche levantaron entre los dos un tabique en la habitación del piso de arriba, detrás del armario. Un habitáculo sin puertas, de apenas tres metros cuadrados, con una pequeña apertura junto al suelo que podía taparse fácilmente con el armario. Mi padre se quedó dentro y mi madre enyesó y encaló la pared con esmero, como se hacen las tareas importantes.

Durante las primeras semanas, mi madre le pasaba comida a través del hueco y le cambiaba el balde de agua con el que primero se aseaba y donde después hacía de vientre. Él estaba seguro de que la guerra no iba a durar mucho, de que en unas semanas el golpe se iba a llevar por delante al gobierno o el gobierno al golpe, a él tanto le daba porque putas y puteros ha habido siempre y siempre va a haber, no hay negocio más seguro que ese. Pero la radio empezó a decir otra cosa. Madrid no caía pero el gobierno tampoco conseguía hacerse con el control del país. Mi padre golpeaba la pared, maldecía a mi madre, enloquecía de rabia allí encerrado. En el pueblo ya no quedaban hombres más que los viejos y los impedidos. El marido de la Paca había metido el pie en la lumbre para que no

se lo llevasen al frente, pero se lo habían llevado igual. El hermano lo había denunciado por traidor y por cobarde y habían venido a por él. Nadie sabía adónde lo habían llevado a cargar con su vergüenza de flojo y de encogido, pero no volvió nunca. Mi madre le contaba estas cosas a mi padre a través de la pared, pero él no le prestaba atención. Quería salir de allí como fuera, se iría andando a Francia, se escondería en la sierra si hacía falta. Te voy a moler a palos cuando te pille como no me traigas la maza, susurraba mi padre del otro lado, y mi madre dormía en la banca del comedor para no escucharle rarrarrarra toda la noche con la cuchara en las juntas de los ladrillos. Te voy a desgraciar hija de puta, no te va a reconocer ni tu padre, y golpeaba el balde lleno de mierda contra el muro.

Cada vez gritaba más alto y maldecía más alto y mi madre empezó a tener miedo de que algún vecino lo oyese. Había ojos por todas partes, orejas por todas partes, hasta en aquel baldío lejos del pueblo donde se había levantado la casa. Entonces las sombras le susurraron algo a mi madre. Le metieron en la cabeza una de esas ideas suyas. Esa noche, cuando cayó dormido, ella tapó con ladrillos y argamasa el hueco que quedaba. Al cabo de unos días dejaron de oírse sus gritos. Mi padre se convirtió en otra sombra más de la casa.

Mi madre me dio a luz cinco meses después. Nací aquí, en la misma habitación donde las paredes se habían tragado a mi padre. Cuando se recuperó del parto, vendió todo lo que había en la casa. Los muebles de maderas caras, la cubertería bruñida, los manteles bordados. Solo conservó el armario, los susurros que salían de su interior la hacían sentir acompañada. No sacó mucho, la guerra avanzaba y todo el mundo intentaba vender lo que tuviese, pero consiguió algo sobre todo con los encajes que les vendió a las Adolfinas, que a esas alturas ya intuían que esa guerra iban a ganarla ellas y la gente como ellas. Una parte del dinero la repartió entre las mujeres que habían trabajado para mi padre, con la otra compró una máquina de coser. Él no nos había dejado nada, mi madre rebuscó a conciencia pero no encontró ni un triste duro olvidado en un bolsillo. Nunca supo si lo guardaba en otro sitio o si se le iba todo en camisas caras y favores aún más caros. Con aquel canalla igual podía ser una cosa que la otra.

Lo que sí nos dejó mi padre es demasiado orgullo como para tener amo. Mi madre no estaba dispuesta a servir ni quería pasarse el día labrando los campos de otro. No sabía hacer otra cosa más que guisar y limpiar, pero podía aprender. Descosió la ropa de mi padre y estudió los cortes y los patrones. Aprendió a hacer puntadas que no se notasen, a cortar la tela para que se ajustase al cuerpo, a coserla para que realzase las virtudes del que la llevaba y escondiese sus defectos. Después hizo lo mismo con sus vestidos y sus faldas. En cuatro meses se había convertido en una modista competente, lo suficiente como para empezar a coger encargos.

Cuando acabó la guerra, mi madre se puso el luto. Nadie preguntó por mi padre, cada uno tenía bastante con sus propias desgracias. El que no era desgraciado por una cosa lo era por otra. Al que no venían a decirle que su hijo había muerto en la cárcel venían a pasearlo. La Virgen del Monte lo sabe, que lo vio todo. Por allí despeñaron a unos cuantos, por el barranco de la ermita. Ay, virgencita, cómo rebotaban contra las peñas. Solo tenía cuatro o cinco años pero eso no se me olvidará jamás.

Mi madre nunca dejó el luto y nunca volvió a casarse. Solo consintió ponerse un alivio de vez en cuando: una falda con florecicas blancas sobre el fondo negro, una blusa de un azul oscuro casi imposible de distinguir. No le faltaron hombres, más de uno hizo el camino desde el pueblo para venir a hablarla a la puerta del patio, pero ella los espantaba gritando que si no les daba vergüenza rondar a una viuda que guardaba luto. Ninguno atravesó el umbral. Solo había tenido un hombre pero ya había sido suficiente. Cuando una está sola y es pobre no puede permitirse aprender la misma lección dos veces, eso también lo sabemos bien en esta casa.

Desde aquella noche en que colocó los ladrillos y la argamasa, mi madre supo que las sombras se le habían metido dentro. Ya no las oía solo detrás de las cortinas o al otro lado de las puertas, sino también dentro del pecho, en lo hondo de las tripas. Cuando acercaba el oído a mi vientre, también las escuchaba dentro de mí. Supo que aquello crecería dentro de nosotras, que se nos enredaría en las entrañas y no podríamos arrancárnoslo. Todo tiene un precio y aquel era el que tenía que pagar mi madre.

Mucho tiempo después, cuando nació mi hija, me fijé en cada uno de sus gestos. La espiaba detrás de las puertas mientras jugaba

con sus muñecas, la vigilaba mientras dormía, seguía sus pasos cuando salía de casa. La velé de día y de noche durante años, atenta a los sonidos que le salían de dentro o se le escapaban por los oídos. Pegaba la cabeza a su pecho, la oreja a su frente. Buscaba lo mismo que yo oía dentro de mi cabeza, el mismo murmullo como de cigarras o de oraciones, el mismo rascar como de uñas o de termitas. Pero nunca escuché nada. Me acabé convenciendo de que a mí aquello se me había metido dentro porque yo estaba en el vientre de mi madre cuando le entró a ella, pero que se había acabado conmigo. Ay, virgencita, qué idiota era.

Durante mucho tiempo no volví a pensar en ello, ni siquiera cuando desapareció mi hija. Sabía quiénes eran los culpables, quiénes tenían que pagar por lo que habían hecho. Esta vez era yo la que tenía que cobrarme la deuda, que no había hecho otra cosa en toda la vida más que pagar las que no eran mías. Pero cuando mi nieta empezó a trabajar en casa de los Jarabo supe que había estado engañándome a mí misma todos esos años. Aquello nunca se había ido. Ella también lo llevaba dentro, todas lo llevamos dentro desde que nacemos, se nos agarra como mala hierba y ya no nos suelta.

Mi nieta mintió a la guardia civil y al juez y os ha mentido a vosotros. A mí no puede engañarme ni con eso ni con nada, con eso porque lo vi y con lo demás porque conozco esa carcoma que tiene, esa comezón en el pecho como de caballo a punto de encabritarse pero que no acaba, no acaba, y al final no se desboca. Escuchadme a mí que yo os contaré lo que ella se calle, que no habéis venido hasta aquí para oír embustes, me da igual cómo se ponga. El niño no salió solo de la casa, no se perdió por un despiste. Mi nieta le abrió la puerta.

3

Un mes antes de que ocurriese todo me empezó a doler una muela, una de arriba, al fondo de la boca. Al principio era cosa de poco, un pinchazo como de alfiler, una mordida como de tijereta. Intenté mirármela en el espejo. Metí los dedos, separé los carrillos de las encías y la iluminé con la linterna del móvil, pero estaba demasiado al fondo. Veía carne rosa, hileras de dientes clavados, grumos de saliva, pero no llegaba a ver la muela. Luego dejaba de dolerme y me olvidaba y seguía con mi vida que también era cosa de poco que también era un pinchazo como de alfiler o una mordida como de tijereta.

Al cabo de unos días, el dolor había dejado de venirme solo a ratos y se me había agarrado a la mandíbula como una de esas garrapatas gordas y amarillas que hay que arrancarle a los gatos tirando de ellas con fuerza pero con calma. Sus filamentos me atravesaban el paladar y me trepaban por las cuencas de los ojos. Cuando pasaba la lengua por encima de la muela no notaba nada, ni el sabor amargo del pus ni la carne blanda de la inflamación ni los agujeros de las caries. Me metía los dedos hasta el fondo de la boca, palpaba la encía en busca de un flemón o de un absceso, toqueteaba la muela con las yemas intentando encontrar el filo cortante del esmalte roto, pero no notaba ningún cambio, nada que explicase ese dolor tan monstruoso.

La vieja me miraba cada vez que cerraba los ojos y gemía y me apoyaba contra la pared o en el quicio de la puerta incapaz de sostenerme. Me miraba en silencio, atenta a cada gesto de sufrimiento que aparecía en mi cara. Notaba sus ojos clavados en mí incluso con la puerta cerrada, mientras me metía los dedos en la boca para intentar ver algo en el espejo del baño. A veces llegaba tan al fondo que notaba la carne blanda del principio de la garganta

y se me venía el asco y las arcadas. Los aguantaba como podía pero con cada arcada que ahogaba escuchaba a la vieja acercarse más a la puerta. Oía el roce de su cabeza contra la madera y notaba cómo pegaba la oreja blanda y arrugada contra el barniz, esa oreja de carne floja que tanto asco me da con ese lóbulo flácido que no soporto mirar porque algún día yo también los tendré así.

El dolor siguió aumentando, sentía la cabeza como llena de cristales como llena de tijeras. Llamé a casa de los Jarabo para decirle a la señora que estaba enferma y no iba a poder ir a cuidar al niño y ella dijo no te preocupes dijo mejórate pero en el tono yo sabía que estaba calculando cuánto iba a descontarme. No teníamos dinero para que fuese al dentista, que aquí no hay porque en este pueblo no hay nada más que casas a medio derrumbarse y gente a medio derrumbarse pero sí en el pueblo de al lado donde las cosas se derrumban más despacio y todavía puedes conseguir que te saquen una muela. Compré los calmantes más fuertes que me dieron en la farmacia sin receta y al día siguiente ya había doblado la dosis que recomendaba el prospecto. No me quitaba del todo el dolor pero me importaba menos y todo se alejaba de mí flotando incluidas las miradas de la vieja incluidas las orejas de la vieja.

Cuando salía un rato de la flojera de los calmantes, me levantaba de la cama y vagaba de una habitación a otra. La casa se había llenado de niebla. A veces era tan densa que apenas podía distinguir las cosas que había delante de mí y chocaba contra ellas y por un rato el dolor bajaba de la muela y se iba al pie o a la rodilla o a la cadera y al poco salía un moratón oscuro oscuro y otras veces era una neblina que se apartaba a mi paso y esos días veía las sombras mirándome desde los quicios de las puertas y desde lo alto de la escalera. Nunca había visto tantas y nunca he vuelto a verlas pero la vieja dice que sí, que después de la guerra fue todavía peor. Yo eso se lo creo pero muchas otras cosas no que me llama a mí mentirosa pero bien que se guarda ella lo que le conviene.

La vieja empezó a seguirme por toda la casa. Caminaba detrás de mí por los pasillos cada vez que me levantaba de la cama y me veía tropezar con los muebles buscar las paredes con las manos bajar a tientas las escaleras esperando que me cayese en cualquier momento. Me observaba día y noche, también mientras dormía. Notaba su presencia junto al cabecero en una vigilia que no tenía

descanso nunca, en un acecho como de culebra o de escolopendra escondida entre las peñas.

Una noche me desperté de golpe. Había tomado las mismas pastillas que los días anteriores pero un latigazo de dolor me sacó del sueño. La vi nada más abrir los ojos, después noté sus dedos fríos y huesudos dentro de la boca. La vieja estaba inclinada sobre mí palpándome las encías la lengua el esmalte de los dientes. Escarbaba en mi interior con las dos manos con todos los dedos con saña de carnicera. Cuando vio mis ojos abiertos sacó los dedos, se limpió la saliva en el camisón, caminó en silencio hasta la cama y se acostó. Quise levantarme para agarrarla de los pelos para sacarla a rastras de la cama y gritarle qué me has hecho vieja de mierda pero el mareo me lo impidió. Los efectos de los calmantes habían vuelto y todo era otra vez flojera y apenas podía moverme ni mantener los ojos abiertos. Intenté seguir despierta porque no quería que la vieja se me acercase otra vez a escarbarme pero no lo conseguí.

Desperté muchas horas después, ya bien entrada la tarde. Tenía las sábanas pegadas al cuerpo y el pelo enredado y grasiento sobre la cara. Me había acostumbrado tanto al dolor que ya me era igual tenerlo que no tenerlo, así que tardé unos minutos en darme cuenta de que ya no estaba. No sentía nada, ni siquiera una molestia. Salí de la cama y abrí la puerta de la habitación. Me vino el asco al cuerpo y tuve la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento pero no había nada que vomitar porque llevaba días sin poder tragarme el guiso de la vieja de una manía y una repugnancia que me había entrado de repente y que eran peores que la desgana que ya traía. En el pasillo la niebla había desaparecido, solo quedaba el rencor y el resentimiento de siempre pegado a las paredes y a los suelos como postilla como costra.

Busqué a la vieja por toda la casa. En la cocina la olla estaba al fuego pero ella no aparecía. Tampoco la vi en ninguno de sus escondites, el arcón estaba vacío y la alacena llena de conservas que la vieja debía de haber hecho mientras mi flojera. Debajo de la cama no miré porque ahí yo no molesto, pero tampoco estaba porque los zapatos que asomaban tenían las puntas raídas y los tacones gastados. Abrí la puerta delantera y salí al patio. La luz del sol me hizo cerrar los ojos. Había perdido la cuenta de los días que llevaba sin pisar el exterior. Me aparté el pelo enredado de la cara y

me senté en el poyete. Apestaba a sudor y a enfermedad y había vuelto a adelgazar, se me notaban los huesos por todas partes.

Me estaba palpando las costillas cuando oí algo. A unos metros de la verja del patio, en el camino de tierra que llevaba hasta la casa, había una chica. Llevaba vaqueros de tiro alto y una camiseta blanca de manga corta, el pelo oscuro y liso le llegaba casi hasta la cintura. Tenía pinta de adolescente, no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años. Estaba demasiado lejos para distinguir su rostro pero me sonaba de algo, como si la hubiese visto antes. En este pueblo de mierda nos conocemos todos pero no era eso, no era de aquí o al menos no era de ahora.

Parecía desorientada. Se había parado en mitad del camino, daba la sensación de que no recordaba a dónde se dirigía. Se dio la vuelta y avanzó un par de pasos, pero se detuvo de nuevo. Miró a su alrededor incapaz de decidirse. Tenía pinta de estar perdida como si buscase algo que no era capaz de encontrar o como si ni siquiera supiese qué estaba buscando. Me acerqué a la verja para gritarle si necesitaba algo si podía ayudarla si quería al menos un vaso de agua porque el sol a esas horas no dejaba nada sin abrasar sin quemar sin malograr pero no llegué a hacerlo porque comenzó a andar alejándose de la casa. Enseguida desapareció detrás de un repecho.

Me di la vuelta para volver dentro. Necesitaba ducharme y quitarme de encima todo el sudor toda la grasa toda la mugre. Al girarme me di cuenta de que la vieja había colgado una estampa de la parra. San Sebastián atado a la columna con el cuerpo y la cabeza atravesados por flechas, hermoso como hortensia o como volcán. El rostro roto de dolor, la carne desgarrada de heridas, el torso derrumbado de tormento, el pañuelo que apenas le cubría el sexo, la mirada suplicante pidiéndole a los cielos una misericordia un alivio quién sabe si una venganza que no iba a tener.

Ay, niña, ya estás mejor, dijo la vieja a mi espalda abriendo la puerta de la verja. Traía una bolsa llena de acelgas y las uñas negras de barro pero los zapatos relucientes como acabados de lustrar. Miró la estampa y luego me miró a mí y dijo el santito se te ha llevado el dolor. Ya, le contesté por decir algo porque yo a la vieja esas cosas se las consiento pero no se las creo. Sebastián se lleva las enfermedades y las pestes, dijo, y a mí se me vino la rabia al

cuerpo. Qué peste va a venir de fuera que sea peor que la que hay dentro, escupí, y la vieja me miró con esa mirada que tanto miedo le da a los del pueblo como de mirarte por dentro y que a mí también me lo daba entonces pero ya no, desde que pasó lo que pasó ya no.

Cuando salí de la ducha, la vieja había llenado dos cuencos de guiso. Le di vueltas con la cuchara y vi que había garbanzos en el fondo. Tenía tanta hambre que se me había pasado la manía que me había dado unos días antes y no pude parar de comer. Terminé el cuenco y volví a llenarlo. Con el tercero empecé a sentir náuseas porque el estómago estaba demasiado vacío para aquel hartazón a guiso pero aun así seguí comiendo. Fue entonces cuando noté algo en la boca, una especie de hueso duro y liso que había chocado contra mis dientes. Escupí en el cuenco la comida a medio masticar y metí los dedos entre los garbanzos deshechos para cogerlo. Era una muela entera, con la corona y la raíz intactas, sin rastro de caries ni de roturas. Me palpé las encías con la lengua hasta llegar al fondo de la boca. En el sitio que me había estado doliendo todos esos días ahora solo había un hueco.

Tu madre decía que esta casa hace que se te caigan los dientes, dijo la vieja, y se levantó para llevar su plato al fregadero. Ya lo sé, me lo has dicho muchas veces, contesté sin mirarla porque no quería que se me viniese el rencor a la boca. Pero nunca te lo habías creído, respondió, y ahora sí la miré. La vieja no es la única que sabe ver a la gente por dentro. Lo descubrí en la casa de los Jarabo, los miraba y les veía la rabia y la frustración y la envidia acumuladas en la sangre. Se las veía hasta al niño, con lo pequeño que era.

¿A mi madre le gustaba vivir aquí?, le pregunté a la vieja, y ella contestó que sí como acabando la conversación pero yo la mentira también puedo verla, es como una mancha amarilla en el fondo de los ojos. ¿Te dijo alguna vez que quería marcharse?, pregunté otra vez, y ahí le noté a la vieja que a ella también se le estaba viniendo el odio al cuerpo. Tu madre no se fue, se la llevaron. Lo sé, pero era joven, quizá quería estudiar vivir en otro sitio irse de este pueblo de mierda alejarse de esta casa, de ti, solté como el que lleva un rencor atravesado en la garganta durante años y por fin lo suelta. Pensé que la vieja se me iba a echar encima que me iba a agarrar de los

pelos a clavarme las uñas pero no lo hizo. Las ganas se las vi pero también le vi el derrumbe y el abatimiento. Recogió el pan y las servilletas de la mesa y lo guardó todo en la panera. Todavía no lo has entendido, dijo de espaldas a mí. Qué, pregunté pensando que ahora sí que ahora venían los arañazos y los zarandeos y los golpes porque a la vieja no se le puede azuzar sin esperar que salte. Pero no los hubo, todo lo que había era desaliento y un poco de rabia, solo un poquito, lo suficiente para decir no has entendido que de esta casa no se marcha nadie.

Esa noche apenas dormí, no podía parar de pasarme la lengua por el hueco que había dejado la muela. La carne de la encía estaba tierna, todavía no había cicatrizado. Toqué todos los dientes con los dedos uno a uno para comprobar si se movían si al despertarme se me habrían caído todos y tendría que escupirlos en el baño. Cuántos dientes se le habrían caído a mi madre para decir aquello, cuántas muelas habría encontrado en el guiso en la almohada en el lavabo.

A la mañana siguiente me despertó el ruido de la verja delantera. Pensé que la vieja habría salido pronto de casa pero cuando me incorporé vi que todavía estaba en la cama. Me levanté para mirar por la ventana. Casi nadie viene nunca a la casa y menos a esas horas porque esas horas son las del arrepentimiento o las de la esperanza pero no las de la angustia, a esas horas te remuerdes por la noche de antes o te ilusionas por la mañana que sigue pero todavía no se te ha agarrado el día al pecho, para eso todavía queda un poco no mucho pero un poco. A la casa solo vienen cuando ya lo han intentado todo, cuando ya les ha atrapado el día y la semana y hasta los años y solo queda que la vieja les rece a los santos o a los muertos, que tanto da la diferencia. Creen que a ella la escuchan pero no saben que en realidad le hablan.

En el patio estaba la chica que había visto la tarde anterior. Iba vestida de la misma manera y parecía igual de perdida. Daba la espalda a la casa, como si no estuviese segura de haber llegado al lugar correcto o como si dudase de irse. Se me vino otra vez a las tripas la sensación de que la conocía de algo pero no sabía de qué. Sentía que estaba a punto de recordarlo que de un momento a otro iba a acordarme de dónde la había visto pero no lo conseguía.

Salí de la habitación en silencio y bajé las escaleras. Abrí la puerta de la calle, aparté la cortina y salí. El patio estaba vacío.

Solo había tardado unos segundos en bajar, pero la chica no estaba por ningún lado. Tampoco se la veía en el camino, la pista de tierra estaba igual de desierta que siempre. Era imposible que hubiese alcanzado el repecho en tan poco tiempo, ni siquiera corriendo. Debía de haberse escondido en algún sitio. Abrí la verja y eché un vistazo afuera. No hay dónde ocultarse en este erial, aquí solo hay piedras y cardos y zarzas y tierra quemada por el sol que ya dio todo lo que tenía que dar y ya se agotó.

Volví sobre mis pasos y entré de nuevo al patio. Cuando levanté la vista para tirar de la cortina atascada en la barra vi a la vieja en la ventana de la habitación, mirándome fijamente. Me pregunté si habría visto a la chica, si ella también tendría la comezón de conocerla y no saber de qué, de estar a punto de decir su nombre y que se le escapase por cualquier pliegue o por cualquier recoveco.

Entré en la casa y cerré la puerta. La atmósfera se había vuelto densa y pesada, la temperatura parecía haber subido varios grados de golpe. La madera del techo empezó a crujir y la casa se llenó de un ruido como de tendido eléctrico como de cables de tranvía como de vías a punto de recibir un tren. En el piso de arriba se escuchaba arrastrar de muebles chirrido de bisagras pasos apresurados que corrían de un lado a otro y luego se paraban y luego volvían a correr.

Me acerqué hasta la escalera para subir a buscar a la vieja pero cuando puse el pie en el primer peldaño todo se detuvo. La casa se quedó en silencio de pronto como si esperase algo como si algo estuviese a punto de suceder. Entonces oí que llamaban a la puerta. Dos golpes seguidos con los nudillos. Volví hacia la entrada y giré el pomo. Allí, de pie en el umbral, sujetando la cortina con la mirada perdida, estaba la adolescente de antes. Le vi la cara por primera vez y supe por qué me era familiar. Había visto sus fotografías cientos de veces. Era mi madre.

4

Ya os lo he dicho, de esta casa no se marcha nadie. Estamos atrapadas aquí, nosotras y las sombras. Eso decía mi madre. Estamos atrapadas aquí hasta que se nos lleven, me decía. Hasta que se nos lleve quién. Quien quiera que vaya por las casas espantando a los muertos para que se vayan con los santos.

Mi nieta no quería creérselo. Pensaba que se iba a poder marchar en cuanto fuera mayor, que se iría a estudiar a Madrid y ya no volvería. Pero al final se quedó. Adónde iba a ir. Quién le iba a pagar los estudios en la capital, eso solo lo hacen los señoritos. Estuvo mirando a ver si le daban alguna ayuda pero se desengañó enseguida. Aquí pa que te den algo ya tienes que tenerlo tú de antes y luego ellos te lo alivian. Si no tienes nada eso es lo que te dan, nada. A la gente como nosotras no la quieren en la capital pa estudiar, si acaso pa servir, pero de eso también tienen ya mucho. Ya no es como en tu época, decía mi nieta, pero la que tuvo que desengañarse fue ella. A nosotras el día se nos va en buscar qué echar a la olla y a ellos en figurar, y eso ha sido así siempre. Al final no se fue porque al menos aquí no le iba a faltar el techo ni la comida. Eso es la familia, un sitio donde te dan techo y comida a cambio de estar atrapada con un puñaíco de vivos y otro de muertos. Todas las familias tienen a sus muertos debajo de las camas, es solo que nosotras vemos a los nuestros, eso decía mi madre.

Pero yo veo también muchas otras cosas que mi madre no veía. A los seis años se me apareció por primera vez la santa. Mi madre había ido a cobrar unos encargos a casa de las Adolfinas, que eran rápidas de mandar pero lentas de pagar, como todos los señoritos miserables que aparentan más que tienen. Ninguna de las tres hermanas se había casado porque si te casabas con una era como

casarte con las tres y si eran insoportables por separado juntas eran una condena que no había hombre que la quisiera. Así que las tres se fueron quedando solteras baile tras baile y si algún hombre le ponía ojos a una las otras dos se encargaban de espantarlo. Se pasaban el día gastándose lo que les había dejado el padre, don Adolfo, que había hecho fortuna en Cuba mercadeando esclavos. A las hijas y a la mujer las mandó aquí cuando la guerra de allá y se trajeron la fortuna y la manía de los esclavos, que ni los Jarabo trataban así al servicio, a bofetada limpia. El dinero se fue acabando y las criadas contaban por todo el pueblo que las hermanas zurcían a escondidas los agujeros que les hacían las polillas en los vestidos, aunque siguiesen viviendo como hacendadas. Hasta mandaron construir una piscina con su cambiador y todo, que entonces por aquí nadie había visto una cosa así. A mi madre le encargaban mantelerías bordadas y sábanas de hilo pero luego había que porfiarlas durante meses para que pagasen, y a eso había ido cuando me vino la santa. A mí me había dejado en casa cardando lana. Aquello me daba mucho asco porque ya de niña no soportaba ese olor a pelo muerto, pero a mi madre le daba igual porque el asco es algo que los pobres no nos podemos permitir, como la compasión.

Era tarde y la habitación se estaba quedando a oscuras, pero de repente se iluminó con la luz más intensa que yo había visto nunca. Era una luz blanca, fría como la de un quirófano o un aeropuerto, pero por entonces en este pueblo de desgraciados nadie había visto ni una cosa ni la otra. Cuando el hijo del tahonero se desbarrancó con la carreta le llevaron a su casa y le abrieron allí mismo, encima de la mesa de la cocina, con las hijas delante. Una de las hijas se quedó medio idiota del disgusto, no volvió a hablar más de tres palabras seguidas, pero yo creo que ya era idiota de antes y eso solo la empeoró. La verdadera desgracia era la de la tahonera, decía mi madre, que se quedó con una hija tonta y un marido que desde aquello no valía para nada más que para cagarse encima pero que tampoco se moría. Ya te digo yo que de haberme pasado a mí se habría muerto, decía mi madre entre dientes, y luego me obligaba a santiguarme para que la casa no empezase a chirriar y crujir por todas partes.

El caso es que me acuerdo de que cerré los ojos un momento

cegada por la luz. Cuando volví a abrirlos, había una mujer de pie frente a mí. Iba vestida con un sayón negro que la cubría del cuello a los pies y llevaba el pelo recogido en un moño bajo, con la raya en el medio. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho y la vista levantada hacia arriba, como si rezase. Me quedé pasmada mirándola y perdí cuentas del tiempo que estuve así. Solo salí del pasmo cuando mi madre me sacudió con fuerza por los hombros y la santa se desvaneció. Había vuelto del mandado y me había encontrado tumbada en el suelo con la mirada perdida en el techo. Como te quedes idiota te regalo a las monjas, dijo mi madre, que te llevo llamando desde que he entrado y ni me mirabas. Mira que yo la paciencia de la tahonera no la tengo.

Las monjas se habían llevado a varias niñas del pueblo desde la guerra. A algunas las daban las propias familias porque no tenían para comer. A otras se las llevaban ellas a petición del cura porque los padres estaban en la cárcel o en el cementerio, que para el caso no había mucha diferencia. Los tíos o los vecinos se hartaban de mantenerlas e iban a que el cura se lo arreglase. No habíamos vuelto a ver a ninguna. Mi madre decía que se las vendían a los ricos, las guapas pa hijas y las feas pa criadas.

Después de aquello he visto a la santa muchas veces. Siempre se me aparece en la misma postura, igual que en las estampas. Con la mirada hacia arriba y el gesto serio como si escuchase órdenes de Dios y estuviese dispuesta a hacer cualquier cosa por él, lo que sea, también perseguir niñas y trastornarlas. A mí nunca me mira ni me habla directamente, pero escucho su voz dentro del pecho y sé que tengo que hacer lo que me diga. Cómo le vas a discutir a un santo, cómo no le vas a obedecer en todo lo que te mande.

Cuando se lo conté a mi madre me dijo que no lo hablase con nadie más. Que aquello tenía que quedarse entre las paredes de la casa, igual que los aullidos de mi padre. Nunca me preguntó qué me decía la santa, pero se me quedaba mirando cada vez que volvía del sitio al que se me llevaba. Yo le veía la envidia en la cara, tenía celos de que me hubiese elegido a mí en vez de a ella, de que a ella solo se le apareciesen esas sombras llenas de desesperación. Ella quería que una santa le hablase dentro del pecho, verla rodeada de luz y hermosa como un milagro. Qué había hecho yo para merecerlo si ni siquiera había tenido que matar nunca a un hombre.

A medida que fui creciendo, la envidia de mi madre aumentó. La santa no se me llevaba con mucha frecuencia, pero cuando lo hacía me contaba cosas que iban a pasar y cosas que ya habían pasado pero no se hablaban en voz alta. Así es como supe que el molinero estaba en una fosa junto a la tapia del cementerio, que el hijo del alcalde iba a morir por la coz de un caballo y que yo vería ahogarse a la menor de las Adolfinas y no haría nada. Mi madre cada vez soportaba menos mis visiones y me envidiaba más. El resentimiento la volvió cruel y mezquina, o quizá siempre lo había sido y aquello solo se lo sacó. Me obligaba a llevar sus vestidos viejos y me cortaba el pelo a trasquilones, más corto por un lado que por el otro y tajado como a mordiscos. También me hizo dejar la escuela. La maestra le dijo que yo valía pa eso y que podía estudiar en Cuenca, que las monjas tenían residencia y podía hablar con ellas para que le saliese barato por ser viuda, pero mi madre se negó. No he pedido nunca y no voy a empezar ahora, dijo.

Cuando volvimos a casa de hablar con la maestra, me hizo lavarme en la palangana y me dijo que fuese a pedir trabajo a casa de los Jarabo, que buscaban criada porque una se les casaba. Siempre has dicho que no íbamos a servir a los señoritos, que cualquier cosa menos servir, le dije. Cuando sepas hacer otra cosa te buscas otro trabajo, contestó mi madre, mientras yo no voy a estar manteniendo a nadie. Aquel era mi castigo. Servir a quien mi madre no había querido servir y bajar la cabeza con quien mi padre no había querido bajarla. Cargar con la obediencia de toda mi familia.

Serví en aquella nueve años, de los diez a los diecinueve. El matrimonio nos trataba a la Carmen y a mí con corrección, pero de vez en cuando nos dejaban ver el odio que ocultaban debajo de su indiferencia. Como cuando la señora rajaba los abrigos que ya no quería para que no pudiésemos aprovechar el paño, o como cuando el señor nos obligaba a recoger una a una todas las piedras del camino de tierra de la finca por si se le pinchaban las ruedas del coche. Era un odio antiguo que llevaban dentro, tan hondo que ni siquiera necesitaban esforzarse en mostrarlo. No nos odiaban con rabia, sino con desdén.

Nosotras en cambio sí teníamos mucha rabia. Nos corría por la sangre como una fiebre. No sé si la Carmen me lo pegó a mí o yo a ella, a veces creo que fue ella porque llevaba allí más tiempo y era

mayor, a veces creo que yo porque ya venía con la mala sangre de mi casa. Fuese como fuese, las dos alimentábamos el odio de la otra. Ella me contaba que los trajes que traía el sastre valían dos veces nuestro sueldo, yo que la señora había tirado por el fregadero dos frascos enteros de perfume porque a ella solo le gustaban los que hacían en París. Pero al que más odiábamos era al hijo mayor. Estudiaba Derecho en Madrid, donde hacía contactos con quien había que hacerlos, con los que hablaban de modernizar España y cuando decían España se les llenaba la boca de sangre. Venía todos los veranos porque le gustaba el monte y la caza. Le veíamos aparecer por la puerta con perdices muertas colgando del cinto y a la Carmen y a mí nos subía el odio por las tripas como un sarpullido. Al cabo de unos años se mató en un accidente de coche y los padres lo enterraron en el panteón de la familia, que es el más grande de todo el camposanto. El hijo pequeño todavía era un niño pero ya se le notaba lo malcriado y lo impertinente.

A veces la señora nos hacía cocinar las perdices que cazaba el mayor. Teníamos que desplumar a aquellos animales con las manos y nos moríamos de pena y de asco. También de risa después, cuando les veíamos rebañar la salsa en la que habíamos escupido. La Carmen soltaba unos gargajos enormes que quedaban flotando en el aceite y teníamos que disolver con una cuchara. La carne de caza no puede compararse a nada, decía la señora, y la Carmen y yo aguantábamos como podíamos las carcajadas detrás de la puerta de la cocina.

Yo creo que ahí fue cuando nos hicimos amigas la Carmen y yo, a puro gargajo. A ella la habían criado con estrecheces pero con cariño y eso se le notaba en el carácter. No tenía dentro esa carcoma de mi madre y mía, ese comezón de malnacidas que ni da descanso ni deja que se lo des a los demás. Su padre había aprendido a tocar la bandurria de oído, a fuerza de probar y probar, y alegraba las romerías y los bailes y a todo el que fuese a trasnochar a su casa. La madre era más callada, pero sabía muchas coplas. Si le insistías te las acababa recitando, primero en voz baja y con las mejillas coloradas y luego ya sin trabarse ni acobardarse. La Carmen se había criado entre bailes y yo entre maldiciones, cómo no iba a dejar eso poso. Yo a mi madre ya casi ni la veía. Cuando llegaba a casa después de recoger la cena de los señores ella ya

estaba durmiendo y por la mañana apenas cruzábamos unas palabras. Me estaba haciendo cumplir el castigo de toda la familia pero la envidia seguía comiéndosela por dentro. Ahí yo ya supe que no iba a perdonarme nunca. Se la llevaban los demonios de pensar que la santa me hablase a mí en vez de a ella. Tampoco soportaba darse cuenta de que yo sabía muchas cosas antes de que pasaran. De que no me sorprendí cuando el alcalde enterró a su hijo con el hígado reventado ni de que encontraran ahogada a la menor de las Adolfinas en la piscina poco después de que yo hubiese vuelto de su casa por un mandado de los señores.

El resentimiento de mi madre empeoró cuando conocí a Pedro. Apareció un día en la puerta de los Jarabo, empapado de sudor y con manchas de hollín en la camisa. Se había quemado una nave que el señor tenía en Gascueña con todo lo que había dentro, incluida parte de la uva recién cogida. Se sentó en la silla de la cocina a esperar al señor, que debía de estar a punto de llegar. Le acerqué el botijo y salí al patio. La mula en la que había venido resollaba medio ahogada. Debía de haberle pegado con ganas para que fuese más rápido. La llevé a la sombra y le acerqué un cubo de agua fresca del aljibe. No sufras que ese animal lo aguanta todo, me dijo desde la puerta. No tendrías que haberla forzado tanto, qué más da venir antes o después si la nave ya está quemada. Se acercó a la mula y le acarició el lomo. Por mí como si arde todo lo que tienen, dijo, pero soy el capataz, y si se entera por otro de que hoy ha perdío una millonada me desgracia pa siempre y no vuelvo a trabajar en la vida.

Después de aquel día volvió muchos otros. Al principio buscaba excusas para tratar en la casa del señor los asuntos que antes siempre habían tratado en la bodega, pero luego empezó a venir a verme sin más disculpas. Entraba por la puerta de la cocina y se sentaba a ver cómo pelaba guisantes o amasaba tortas. La Carmen sonreía y nos dejaba solos, hasta que un día me agarró del brazo y me dijo que Pedro tenía novia, que le habían contado que se iba a casar con una muchacha de Gascueña y que ya estaba todo hablado para la boda. Yo ya lo sabía. La santa me lo había dicho, como también me había dicho que con esa muchacha no iba a casarse. Que con quien se iba a casar Pedro era conmigo.

Venía a verme todos los domingos por la tarde, cuando la señora

nos daba libre después de haber recogido la cocina y haber dejado la cena preparada. Quedábamos al borde del camino, nos íbamos al monte y volvíamos con la ropa manchada de tierra y de sudor. En el pueblo empezaron a hablar como hacen siempre, no iban a quedarse callados estos desgraciados. La Carmen me dijo que me habían visto bajar de la sierra con el pelo enredado y las mejillas encendidas, que sabían que volvía a mi casa por el monte en vez de por el camino principal, ya bien entrada la noche. Qué se podía esperar de la hija de un putero que vivía de las mujeres. Había mamado la desvergüenza desde pequeña por mucho que la madre se las diese ahora de viuda respetable, años enlutada como si la suya fuese una casa decente.

Una tarde llevé a Pedro a una poza entre las peñas y le quité la ropa. Nunca lo había visto desnudo, solo había adivinado partes de su cuerpo entre que le subía la camisa y le bajaba los pantalones. Me gustó su torso fuerte y su espalda ancha, a él mi ansia y mi hambre. Me tumbé en la tierra y le dejé hacer, le gustaba tener mi cuerpo para él. Yo ya sabía lo que iba a pasar, lo había visto en el techo de la cocina. Aquella tarde me quedé embarazada.

Pedro no quería casarse conmigo, pero nunca lo dijo. Asumió su responsabilidad sin reproches ni culpas y con la cabeza alta, como lo hacía todo. Cargó sus cosas en la mula y se vino a vivir a la casa con mi madre y conmigo. Yo dejé de trabajar para los Jarabo antes de que se me notase el embarazo para evitarles el escándalo de que se les hubiese preñado una criada. Pedro seguía siendo su capataz y tenía que estar a bien con ellos. Nos casamos de noche y sin invitados. No hubo convite, no había nada que celebrar en esa deshonra. Mi madre me cosió el vestido, negro por el luto y ancho por la vergüenza.

5

La vieja tiene razón, nunca acabé de creerme que estuviese atrapada en esta casa por más que me lo dijese. Pensaba que algún día podría marcharme, que me iría de este pueblo de mierda como habían hecho todos. Aquí ya no quedaba nadie de mi edad porque el que había podido se había ido a Madrid y el que no a Cuenca unos a estudiar y otros a la obra al Mercadona al Zara a donde fuese menos aquí porque aquí solo quedaban viejos a medio morir. Yo creía eso pero vi que no que la vieja tenía razón y que las mujeres de esta familia solo salimos de aquí cuando se nos llevan, a mí cuando me encarcelaron y a mi madre cuando la desaparecieron.

Me había quedado en que vi a mi madre en la puerta de la casa. No me habló ni me miró, era como si en vez de verme mirase a través de mí. Hizo gesto como de ir a entrar y me aparté a un lado. Se adentró en la oscuridad del zaguán. Caminaba despacio, como si no quisiera hacer ruido o no quisiera despertar a alguien. Pasó juntó a mí y se dirigió a la escalera. Al girar, un mechón de su pelo largo y oscuro me rozó el brazo y un escalofrío como de aviso o más bien como de confirmación me recorrió la espalda. Supe que era mi madre pero también que venía de un sitio en el que eso no importaba.

La vieja nos miraba desde el final de la escalera. Estaba en silencio, como el resto de la casa. Tuve la sensación de que se iba a abalanzar contra mí, de que se iba a lanzar desde lo alto de la escalera como una araña gigante, pero no lo hizo. Se contentó con mirarme fijamente como hacía siempre, intentando sacarme las ideas de la cabeza para meterme otras. A veces lo conseguía, la escuchaba cracracracra escarbándome en el cerebro y de repente ya pensaba otras cosas que no pensaba antes. Ahora ya no lo hace, desde que pasó todo y nos entendimos entre nosotras ya no lo hace.

Mi madre llegó al pie de la escalera y comenzó a subir los peldaños. La vieja apartó la mirada de mí y los dirigió a ella pero su cara no dejó ver ninguna emoción, parecía una de esas arañas enormes y brillantes que cazan mosquitos junto a la bombilla del patio y están quietas quietas hasta que se lanzan a por ellos y los engullen. El regreso de mi madre no la había sorprendido. Quizá ella también la había visto vagar por el camino quizá se lo había dicho la santa como le había dicho el nombre del que se la había llevado o el sitio exacto donde su rastro se había perdido para siempre en aquel mismo camino. Quizá la vieja había visto ya tanto podrido a lo largo de su vida que ni su misma hija venida de entre las sombras la sorprendía.

Cuando llegó al final de la escalera pasó junto a la vieja y se metió en la habitación. Salí del aturdimiento y subí tras ella todo lo rápido que pude. La casa seguía en silencio, esperando. La vieja tiene razón cuando dice que es una trampa, es como uno de esos cepos que los hijos de mala madre de los cazadores ponen por el monte y se olvidan de ellos y pueden pasar años escondidos entre la maleza esperando el momento de cerrarse.

Entré en la habitación y vi a mi madre parada delante del armario. La madera crujió y el mueble se desplazó unos centímetros hacia delante ansioso perdido. Se metió en el armario antes de que pudiese hacer nada y la puerta se cerró con un golpe seco. Abrí el mueble pero dentro solo encontré las faldas y las blusas de mi abuela envueltas en olor a naftalina. No te preocupes que no ha ido a ninguna parte, dijo la vieja detrás de mí.

Me puse a revolver en el armario más por frustración que por convencimiento cuando escuché otros dos golpes secos en el piso de abajo. Alguien llamaba a la puerta. Las tripas se me encogieron dentro del cuerpo y el corazón empezó a latirme como caballo que se desboca. Era la misma forma de llamar. Esperé a que abriera la vieja, que había bajado mientras yo abría y cerraba cajones como si fuese a encontrarme la cara de mi madre mirándome desde el fondo de uno de ellos, pero la escuché llamando a los gatos en el patio trasero, al otro lado de la casa, así que bajé las escaleras y me detuve delante de la puerta. Supe que era ella antes de abrir.

Repitió los mismos movimientos uno por uno. Atravesó la puerta sin mirarme, subió las escaleras y después entró en la habitación,

abrió el armario y desapareció en su interior. Esa vez no la seguí, me había quedado allí parada como una idiota. Desde el piso de abajo escuché el crujido de la madera el chirrido de las bisagras el golpe de la puerta cerrándose de nuevo. Mi madre nunca había sido otra cosa que una adolescente en una fotografía vieja o un juramento en la boca de mi abuela, ni siquiera un vacío porque para eso tienes que tener donde hacer hoyo pero ahora volvía como si nunca hubiese desaparecido o como si hubiese desaparecido todos los días y todos los días hubiésemos tenido que sentir el desgarro dentro y ahí yo sí que empecé a notar el huequito el huequito el huequito.

Volví en mí cuando escuché a la vieja. Había regresado del patio y se la escuchaba moverse en la cocina. La casa estaba tan silenciosa que se la oía arrastrar los pies de un lado a otro y maldecir entre dientes a una de las sombras que viven en el armario de la cocina por haber sacado la mano para arrancarle un mechón de pelo. Desgraciada te mataba si no estuvieses ya muerta, decía la vieja, pero no servía de mucho porque con qué vas a amenazar a una sombra que ha venido arrastrándose hasta aquí desde vete a saber qué infierno. Al cabo de un rato la vieja apareció en el pasillo. Pasó junto a mí y atravesó la puerta de la entrada, que había dejado abierta porque el cuerpo llevaba ya un rato sin obedecerme, todo encogido de puro miedo. Sacó un rosario del bolsillo de la falda y lo colgó en una rama de la parra que trepaba por la fachada de la casa.

La rabia se me vino al cuerpo porque me di cuenta de que la vieja tenía que saber algo, que algo se estaba callando y que se lo había estado callando muchos años. ¿Eso es para que se vaya?, le pregunté con todo el veneno que tenía dentro, deseando que me diese una razón para ser yo ahora la que le saltase encima, la que se le abalanzase como insecto gigante. Ya sabes que no hay manera de echarlas, pero así al menos no molestan, dijo la vieja, y entró a la casa y cerró la puerta. La agarré del brazo con todo revuelto por dentro y con el huequito que ya se me había hecho socavón hoyo pozo. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido ahora, tanto tiempo después? No ha venido ahora, contestó la vieja tirando del brazo. La solté y la seguí hasta la cocina con la rabia que se me subía y se me subía y ya se me salía por entre los dientes. ¿Cómo que no ha

venido ahora? Lo único que evitaba que me lanzase sobre la vieja a arañarle la cara esa de comadreja que tiene es que necesitaba que me contestase, que me dijese lo que se estaba callando. Lleva aquí desde hace mucho, volvió al poco de que se la llevaran.

Me senté en la mesa y aparté de un golpe la olla que la vieja había quitado del fuego para fregarla y volver a hacer el guiso. Parte del caldo que quedaba se derramó sobre el hule en un charco grasiento que me provocó arcadas. ¿Por qué no la he visto hasta ahora?, le pregunté a la vieja con la rabia ya convertida en náusea o en pena o en algo que no sabía lo que era pero que ya no eran ganas de arañarla. No sé por qué vemos lo que vemos, dijo, ni por qué unas veces las sombras son apenas un resuello en una esquina y otras alimañas rabiosas, por qué unas veces son solo un escalofrío y otras se nos meten en las tripas. La vieja sorbió de la cuchara de madera y una gota de caldo se le deslizó por la comisura de los labios dejándole un reguero aceitoso en la barbilla y ya no parecía un insecto majestuoso sino solo una vieja como cualquier otra por la que había que tener pena y quizá también un poco de asco pero no miedo, miedo sí que no.

Salí de la cocina, subí a la habitación y me eché en la cama. Al otro lado del cuarto el armario parecía tranquilo, había dejado de tambalearse y crujir. Ya no veía a mi madre pero la sentía allí, como un aliento o una exhalación que pasaba una y otra vez a mi lado, cruzaba la habitación y desaparecía dentro del mueble. Si prestaba atención podía oír los pasos que subían las escaleras el chirrido del pomo que giraba el chasquido de las bisagras que se abrían. Cerré los ojos y noté que el aire de la habitación se volvía más denso. Sentí una leve inclinación en una esquina de la cama, como si alguien se hubiese sentado en ella y la hundiese un poco con su peso. Abrí los ojos y me incorporé de golpe buscando a mi madre pero todo lo que alcancé a ver fueron unos cabellos negros que se deslizaban debajo de la cama.

De pequeña me habían engañado muchas veces con esos trucos. Me confundían con sus canciones alegres y yo levantaba la colcha y las seguía y al cabo de unas horas volvía con la piel llena de arañazos y con enganchones en la ropa y el miedo metido dentro dentro pero sin saber qué había pasado porque no recordaba nada. Ahora ya sabía que no era mi madre la que se había sentado en mi

cama ni la que se había deslizado debajo de ella. Mi madre no había vuelto para cuidarme para velarme mientras dormía para acariciarme el pelo en sueños. Ni siquiera había querido tenerme, solo había sido una adolescente idiota que se había quedado embarazada de quien no debía y había parido un bebé que no deseaba. Lo que vi no era mi madre, era lo que quedaba de ella tras el terror que le hicieron pasar cuando se la llevaron.

Al despertarme la habitación estaba en penumbra. La vieja debía de haber bajado las persianas mientras dormía. No sabía cuántas horas habían pasado pero tenía la almohada empapada de sudor y el estómago encogido de hambre. El aire de la habitación seguía siendo denso y pesado como el de un sótano o como el de un cuarto que ha estado cerrado durante mucho tiempo y de pronto se abre y las cosas siguen en el mismo sitio pero ya no son las cosas sino la sombra de las cosas.

Me levanté de la cama y salí al pasillo. En el piso de abajo la vieja rezaba el rosario, se escuchaba el murmullo del martes de dolores. Primero la traición, luego la tortura. Después la coronación, la cruz y la muerte. María madre de gracia madre de misericordia defiéndenos de nuestros enemigos. Manda a tus ángeles sobre ellos, agosta los campos, haz que la cebada venga sin grano y la vid sin uva, no les des descanso ni después de muertos. Bajé a la cocina y salí al patio trasero, no quería estar en el zaguán si mi madre volvía a llamar a la puerta. No quería verla repetir aquellos movimientos una y otra vez durante años como había estado haciendo la vieja, que no ha tenido cuerpo que enterrar pero sí ese dolor esa tortura pasando una y otra vez ante sus ojos. No les des descanso virgencita mía porque nosotras no lo tenemos.

Deseé que la casa me ocultase a mi madre como había hecho todos esos años, que aquello fuese solo un reflejo que había entrevisto tras una puerta entornada pero que ahora la puerta se cerrase y no volviese a abrirse porque lo que había dentro no era para mí sino para la vieja. A mí ahí apenas podía escarbarme, ese agujero no era mío ese agujero era de la vieja que era la que sentía el dolor la culpa la tristeza el desgarro de romperse romperse romperse porque el cuerpo de su hija seguía en algún zarzal en algún barranco en alguna fosa y quien lo había hecho nunca había tenido que pagar por ello.

Ahí le vi yo el agujero a la vieja y le entendí mejor lo cruel lo mezquino lo resentido lo amargado. Y aquello debió de agarrárseme a algún lado y empezar a crecer porque cuando volví a casa de los Jarabo después de la enfermedad ya no era lo mismo. El niño se portaba igual que siempre la madre me trataba igual que siempre pero yo ya no podía aguantarlos, no podía. Se me venía al cuerpo una negrura que iba creciendo a cada día que pasaba. Y la vieja debió de vérmela porque aquella mañana me dijo ha llegado el momento y yo supe que era verdad, que había llegado.

Pasé todo el día con el niño, había llegado a las nueve de la mañana y eran más de las doce de la noche. Ninguno de los padres había vuelto todavía. La madre me había llamado antes de salir de Madrid. Había acabado de cenar con sus amigas y estaba a punto de coger el coche, en hora y media estaría en casa. Se la notaba algo bebida, tenía la voz más aguda. Odiaba esa voz, esas eses arrastradas de pija, esas des forzadas al final de los participios para no hablar como los paletos que decimos comío cansao acostao. Deseé que el coche se estrellara que se saliese en una curva que tuviese al menos un susto. El padre tampoco había vuelto aún pero él no había llamado, nunca lo hacía.

El niño había estado insoportable toda la tarde. Era uno de esos críos consentidos que se enrabietan por cualquier cosa, pero aquel día había sido especialmente duro. Había tirado el plato de la comida al suelo, me había lanzado un vaso a la cabeza y había destrozado el ramo de rosas que había puesto su madre en la mesa del comedor. Estaba harta de él de aguantarle del sueldo de mierda de que sus padres me tratasen como su familia siempre había tratado a la mía con ese asco con esa condescendencia con que los ricos hablan a los que trabajan para ellos.

Le habría dado una bofetada le habría cruzado la cara por malcriado y por estúpido le habría encerrado en el baño con la luz apagada hasta que se callase o hasta que se abriese la cabeza con el lavabo, pero eso no se lo dije a la guardia civil. A la guardia civil le dije es un niño inquieto siempre quiere descubrirlo todo por su cuenta, que es lo que les dicen a los padres en los colegios de pago cuando sus hijos son insoportables y los padres creen que eso significa que va a revolucionar la informática la robótica pero en realidad solo quiere decir que no hay quien lo aguante. Les dije

llevaba más de una hora intentando que se durmiera pero no había funcionado nada. Dije a las once decidí salir de la habitación para coger aire. Los dos estábamos frustrados y cansados, así que pensé dejarle unos minutos con sus juguetes y volver a intentarlo al cabo de un rato. Bajé al piso de abajo y saqué la basura. Hacía calor, el ambiente estaba pesado y seco y no corría nada de aire. Cuando volví del contenedor, fui a la cocina para beber un vaso de agua de la nevera.

Dije fue entonces cuando me debí de dejar la puerta de la calle abierta, pero no lo recuerdo. Estuve un rato en la cocina mirando el móvil. La madre del niño me había llamado a las diez y media, así que todavía debía de quedarle una hora para llegar a casa. Del padre seguía sin saber nada. Comprobé el wasap, pero no me había escrito. En todo ese tiempo no escuché ningún ruido en la casa, nada fuera de lo normal. Cuando me acabé el vaso de agua subí a la habitación de nuevo para dormir al niño. No estaba. Lo llamé varias veces y lo busqué en su habitación y en la de sus padres. Creía que se estaba escondiendo, que estaba jugando porque seguía sin tener sueño. Busqué por todas partes.

Dije bajé a la planta de abajo y miré en el comedor y en la cocina, por si había bajado mientras yo le buscaba arriba. No sé cuánto tiempo pasó, pero no debió de ser mucho. Creía que era un juego, que iba a aparecer en cualquier momento, pero no dejé de buscarlo en todo ese rato. Al pasar por el vestíbulo me di cuenta de que la puerta de la calle estaba abierta. Salí y miré a un lado y a otro. Por allí apenas pasan coches, pero me preocupaba que estuviese solo fuera de la casa. Empecé a llamarlo a gritos. Caminé varios metros a un lado y a otro de la calle y busqué en los arbustos y los contenedores por si se había escondido allí. Cada vez estaba más nerviosa. Se había escondido otras veces, pero nunca había salido de la casa. Dije ahí fue cuando llamé a emergencias.

Lo dije todo tranquila, con sus frases cortas y sus comas y sus puntos, tal y como me lo había escrito esa mañana. Me hicieron repetirlo una y otra vez con distintas preguntas y yo contestaba siempre lo mismo pero variando alguna palabra algún detalle para que no se notara que lo decía de memoria, que me lo había aprendido a conciencia. Debí de hacerlo bien porque me dejaron irme a casa al cabo de unas horas pero pasados dos días volvieron a

llamarme para que fuera al cuartel y ahí sí me agarraron los nervios por dentro porque ya no me acordaba de todo ni sabía si podría decirlo igual. Les vi en la cara que algo me estaban notando y ya no me dejaron irme. Yo creo que lo hicieron para ponerme más nerviosa todavía a ver si así decía algo porque no tenían nada. Pero yo me quedé todo lo tranquilita que pude en el calabozo porque no tenían forma de saber que había dejado la puerta abierta a propósito que había engañado al niño para que saliese que en la calle estaba esperando la vieja para llevárselo.

6

Las mujeres de esta familia enviudamos rápido. Los hombres se nos consumen como los cirios de las iglesias, al poco tiempo de casarnos todo lo que queda de ellos es un cerco en la sábana que no se quita aunque te dejes las manos restregando. Mi madre decía que la casa los seca por dentro hasta que se mueren. Lo sabía bien, cuando quitamos un ladrillo para ver a mi padre estaba seco como el esparto. Yo debía de tener unos ocho años, había llegado a casa rabiando porque la más chica de la Matilde me había dicho que a mi padre no le habían matado en la guerra, que se había ido con una de sus fulanas. Y a ti qué te importa lo que diga esa meapilas, dijo mi madre, a ver si se cree que no sabemos a cuántos se han llevado de paseo por culpa de su familia de chivatos.

Salí de la cocina dando un portazo, rabiosa como un perro. Mi madre me siguió y me agarró del brazo. Me clavó las uñas y tiró de mí hacia las escaleras. Si quieres saber dónde está tu padre no te preocupes que yo te lo enseño, dijo en voz baja mientras me llevaba a rastras al piso de arriba. Cuando llegamos a la habitación me soltó y apartó el armario de la pared. Se agarró la falda, se arrodilló junto al muro y movió un ladrillo suelto colocado en la cuarta fila contando desde el suelo. Ahí lo tienes, me dijo.

La casa se le había comido la carne pero le había dejado la piel, que se había pegado a los huesos. Tenía un gesto extraño, lo recuerdo como si lo tuviera delante. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de enfrente. La cabeza se le había caído hacia un lado y tenía la boca abierta, como si le hubiese desencajado la mandíbula. Parecía que gritaba de angustia. No tiene ojos, dije cuando aparté la vista del hueco. Ahí no los necesita, dijo mi madre, y me apartó de un empujón.

Mi madre había quitado el ladrillo dos años antes, cuando los

vencedores dejaron de preguntar por los hombres que se habían ido de sus casas durante la guerra porque ya los habían matado a todos. Ni en el monte quedaban ya, los habían cazado como si fueran corzos, con el mismo empeño. Desde entonces miraba a mi padre un rato todos los días, se aseguraba de que siguiese allí. Sonreía cada vez que veía el gesto de angustia. Después colocaba de nuevo el ladrillo y el armario en su sitio y se santiguaba. Que sufra de muerto lo que debería haber sufrido de vivo.

Mi marido también se secó por dentro. Se consumió en la cama al año de casarnos. Empezó a apagarse y apagarse y al poco ya no podía moverse. Le desaparecieron las carnes y la piel se le puso amarilla. Mi madre y yo mandamos llamar al médico muchas veces, cada vez que se lo comían las fiebres, pero nunca supo qué le pasaba. Le ponía una inyección que me cobraba a precio de oro y se marchaba como había venido, dejando al pobre con espasmos y delirios. Yo sabía que aquello no iba a funcionar, los santos me lo habían dicho, pero Pedro se había portado como un hombre conmigo y no iba a ser yo la que lo dejase morir como un perro.

Los Jarabo pagaron el entierro. Por tener un gesto con su capataz, dijeron. A mí se me llevaron los demonios de verlos figurando en el entierro, la señora hasta echó alguna lágrima. Muchos les dieron el pésame a ellos. Te acompaño en el sentimiento, decían, como si esa gente tuviese alguno. Fue entonces cuando me cogieron ojeriza. La señora se percató de cómo la miraba yo. Alguien debió de contarles que en la ceremonia yo había dicho que si les hubiese importado su capataz habrían pagado las medicinas y no el entierro. Me dio igual, lo había dicho bien alto para que me oyera todo el que lo quisiera oír. Que hubiesen traído un médico de Cuenca si tanto les importaba. O uno de Madrid, de esos que conocían de las cenas con el generalísimo.

La señora empezó a odiarme con un odio que reservaba a los que le importaban lo suficiente como para molestarse en eso. Ya no era el desdén que me había tenido cuando era criada suya, sino una ojeriza que no ocultaba y que iba creciendo. Yo prefería su odio a su indiferencia porque si te van a despreciar mejor que tengan motivos, pero lo primero da muchos más problemas que lo segundo. Empezó a inventarse cuentos, a insinuar que le habíamos hecho algo a Pedro, a decir que había sido un muchacho sano hasta que

llegó a nuestra casa. Malmetía con cualquiera que quisiera escucharla, decía que seguro que le habíamos echado algo en la comida, dejaba caer que no era el padre de mi hija, me acusaba de haberle engañado con el embarazo para que no se casase con su novia.

No tenía mucho por donde agarrarnos ahora que no trabajábamos pa ellos, pero con esa boca que tenía envenenó a todo el que pudo. Muchos dejaron de hablarnos en este pueblo de arrastrados, como si por ser el perro que más palmaditas recibe del amo uno dejase de ser perro. Claro que yo no me quedé quieta. Si creían que era capaz de haber matado a mi marido, iba a darles motivos para pensarlo.

Lo primero que hice fue ocuparme de ella. Le pedí a la Carmen que me trajese un puñaíco de pelos de la señora, de esos que se quedan en el peine. Se los guardó en el delantal mientras limpiaba el tocador y vino con ellos al día siguiente. A ver si haces que se muerda la lengua esa de víbora que tiene y se envenena, me dijo. Mi madre y yo pusimos los pelos dentro de un pañuelo y lo atamos con nudos bien fuertes. Cada nudo se lo rezábamos a un santo. A Santa Dorotea que volvió después de muerta con una cesta de flores y frutas. A San Dionisio que lleva la cabeza entre las manos. A Judas Iscariote que se ahorcó en una higuera. A Santa Gemita que veía ángeles y difuntos como nosotras. Después cavamos un hueco en la tierra del patio y lo enterramos allí para que nadie pudiese encontrarlo y deshacerlo.

Mi madre nunca había hecho un atado, pero se lo había visto hacer a la suya una vez que el patrón le dio una bofetada por volcar una copa mientras servía la cena. Al día siguiente, el caballo que montaba le dio una coz que casi lo mata. El animal nunca había dado ningún problema, pero aquella mañana se le cruzó un mal pensamiento. Tuvieron que coserle por dentro de lo reventado que lo dejó, nunca pudo volver a comer otra cosa que no fuesen sopas y aun así se retorcía de dolor por las noches.

Hicimos el atado como lo recordaba mi madre, con sus rezos y sus nudos bien fuertes para que no se escapase. Al día siguiente no ocurrió nada, tampoco al otro. Cómo van a encontrarlo ahí enterrado, le dije a mi madre. Salí al patio, lo saqué de la tierra y lo dejé dentro del armario de la habitación. Dos días después la señora

se cayó por las escaleras de su casa y se rompió un tobillo. La Carmen no podía aguantarse la risa cuando me contaba cómo había chillado. Pero las sombras no tuvieron bastante. La semana siguiente fue el hijo el que se despeñó en una montería y se rompió las dos muñecas. Los compañeros de caza dijeron en el bar que se había puesto a perseguir un ruido de animal grande entre la maleza, un resuello como de jabalí que todos habían oído pero nadie había visto, y acabó cayéndose entre unas rocas sin encontrar rastro del bicho ni de que hubiese pasado por allí. Unos días después se quemó el despacho del señor mientras él estaba fuera. Le salieron ardiendo los papeles que guardaba en un cajón cerrado con llave. Si no es porque la señora olió el quemado arde la casa entera, dijo la Carmen.

En el pueblo empezaron a hablar porque un accidente es cosa de casualidad pero no dos y menos tres. Tres accidentes en unos pocos días es cosa de ojeriza, por mucho que la señora le quitase importancia y dijese que había sido cosa de poco. Pues no parecía poco oyéndola gritar como una gorrina, decía la Carmen en la cola del pan, y todas las mujeres se reían por lo bajo. Algunos empezaron a venir a la casa cuando se hacía de noche para ver si podían usar ellos también un poco de esa ojeriza pa lo que tenían pendiente, que era mucho desde siempre pero más desde la guerra. Venían de noche, salían del pueblo por donde los pajares y llegaban a la casa por medio del monte para que no los viese nadie. Algunos querían cobrarse una bofetada o una paliza que llevaban guardada dentro desde que la guerra había dejado paso al desolladero, otros el chivatazo de un vecino o la huida de un pariente que había acabado en una cacería y la cacería en una matanza. Yo les maldecía a los parientes, a los guardias civiles, a los curas, a los chivatos, a quien fuese, con todo el odio que había en mis entrañas y en las de la casa porque sabía que el día que los pobres empezásemos a cobrar deudas muchos no iban a tener cochiquera en la que esconderse.

Después algunos empezaron a venir también a preguntar por remedios y yo les daba las dos o tres hierbas que sabía y les decía una verdad y una mentira pa aliviarles. La verdad era dónde estaba el padre, el marido, la hija o la hermana que les habían desaparecido. La tapia del cementerio, el camino que va a Villalba,

el barranco de la fuente, el cerro de la ermita. Todo el pueblo repleto de cuerpos. La mentira era que ese padre, ese marido, ese hijo o ese hermano estaban en el cielo, que los santos me habían dicho que los tenían allí y que les mandaban recuerdos. Luego les dejaba sentarse a rezar allí con la santa y encenderles una vela a los familiares porque no podían ir a recoger los cuerpos pa enterrarlos ni pedirle una misa al cura. Así que se sentaban en la cocina y les prendía la lumbre pa que no tuviesen frío y algo mejor estaban con la mentira aunque a mí la sombra que traían a cuestas se me quedaba desde entonces en la casa con la boca llena de tierra, la cabeza agujereada y los dientes arrancados a culatazos. Algunas desaparecían al cabo de un tiempo y a lo mejor era verdad que los ángeles venían a llevárselas al cielo, porque los muchachos que mueren en los barrancos con las entrañas rotas no pueden ir al infierno. Pero otras se escondían en las ollas y bajo las camas, vete a saber si por miedo o por rencor, y ya no se iban.

Los desaparecidos no los cobraba, las maldiciones sí. Si eran de poca cosa les daba un puñado de sal para que escupieran en él y lo tirasen a la puerta de quien fuese. Si eran importantes, les hacía un atado y lo metía al armario. A la casa le gustaba aquello. Cuanta más rabia le tuviesen al que iban a maldecir, mejor funcionaba el atado. Los cobraba caro para que no lo hiciesen por cualquier tontería, pero de todas formas la mitad no tenían con qué pagar y venían con las sábanas de los ajuares, con los anillos de la boda, con las ollas de la casa, con lo que fuera. Yo de eso no cogía nada porque me daba congoja dormir en sábanas con las iniciales de otros o ponerme anillos de las bodas de otros y porque de todas formas vivíamos con lo que íbamos sacando. Mi marido no me había dejado ningún dinero porque pa eso no valía. Si yo hubiese sido capataz, habría sabido cómo hacer para irles sacando algo a los Jarabo cuando no se diesen cuenta. No me habría partido el lomo llevando sus bodegas por la miseria que quisieran darme mientras ellos se hinchaban a solomillos y pasteles. Pero mi marido era demasiado miedoso o demasiado honrado, las dos peores cosas que puede ser un pobre.

Lo único que me había quedado del matrimonio era una criatura que lloraba mucho y enfermaba más. Cada dos por tres le daban fiebres que no había manera de bajar y toses que la hacían

sacudirse en la cuna. Mi madre estaba segura de que iba a morirse. Entonces se morían muchos niños, había que bautizarlos pronto porque cualquier día les daba un aire y aparecían fríos como témpanos en la cuna a la mañana siguiente. Pero mi hija no se murió. Aguantó cada fiebre y cada espasmo con el empeño que no había tenido su padre. Esta muchacha tiene ganas de vivir, decía la Carmen cuando venía a vernos. Yo no se lo decía, pero no era eso. Es que en esta casa los muertos viven demasiado tiempo y los vivos demasiado poco. Las que estamos entre medias, como nosotras, no hacemos ni una cosa ni la otra. La casa no nos deja morir pero tampoco vivir fuera de ella.

A mí me dio pena que se me muriese el Pedro porque no se portó mal conmigo. Trabajaba lo que tenía que trabajar, no levantaba la voz ni la mano y no le conocí vergüenza de que andase por ahí con otras mujeres. Poco más se le puede pedir a un hombre. Si acaso que no estorbe, y este tampoco lo hacía. Comía lo que le ponía en el plato y callaba más que hablaba. Quererme no me quería y yo a él tampoco, pero algo de cariño sí nos teníamos y por las noches le seguía gustando mi ansia al quitarle la ropa.

Después de enterrar a mi marido la niña siguió creciendo fea y raquítica. Daba igual lo que le diésemos de comer, parecía que la habíamos sacado de un hospicio de lo flaca que se la veía. Estaba amarilla como la cera y encogida como las crías de los ratones, que nacen arrugadas y sin pelo. Ya verás que los niños que nacen feos luego son los más guapos, decía la Carmen. Yo no sabía si creerla. Tenía miedo de que la casa le hubiese hecho eso, que hubiese salido por culpa de las sombras.

Ya os he contado que la vigilé sin descanso mientras crecía. Observaba todos sus movimientos, no la dejaba sola ni un momento. Me pasaba las noches en vela al lado de la cama que le habíamos puesto junto a la mía. Buscaba un gesto, un gemido, algo que mostrase si la sombra le estaba creciendo dentro o solo eran figuraciones mías. Mi madre, en cambio, apenas se acercaba a ella. Le había cogido el mismo asco que me tenía a mí, el mismo rencor que tenía clavado en las tripas desde hacía años. Tenía miedo de que a la niña también le viniesen los santos, de que no estuviese atada como ella a las sombras.

Con el tiempo vi que la Carmen tenía razón, la niña dejó de ser

tan raquítica y contrahecha cuando creció, le desaparecieron la hinchazón de los párpados y las bolsas de los ojos, perdió el color amarillo y el pelo empezó a crecerle fuerte y oscuro. A los seis años se había convertido en una niña preciosa. Te lo dije, me recordó la Carmen una tarde que vino a vernos. Tenía muchas más tardes libres desde que a la señora le habían ido con el cotilleo de que pasaba en mi casa muchos ratos que no estaba en la suya y no se atrevía a echarla por más descarada que se volvía la Carmen y por más que se le soltaba la lengua a medida que se iba haciendo vieja. La ojeriza aquella no se le había olvidado y la fama de maldecidoras que habíamos criado a base de atados se encargaba de recordárselo a diario. Una vez había visto a la Carmen limpiando el tocador y había corrido a quitarle el peine con la cara desencajada, debían de haberle dicho que hacíamos los atados con pelo y se habría figurado el resto. Ahora solo dejaba que limpiase su cuarto la Margarita, una muchacha idiota que había entrado a la casa cuando yo me fui y que hablaba en la cola de la tienda del buen gusto que tenía la señora y de lo elegantes que eran las telas que le traían de París y lo finos que eran los bordados y los encajes que mandaba hacer. A ver si te crees que vestida como nosotras la señora iba a parecer fina y no la mula vieja que es, le contesté yo en la cola, y algunas de las mujeres se echaron a reír y otras apartaron la cara para que no dijeran sus nombres cuando le fuesen con el cotilleo a la señora. Seguro que algunas de esas arrastradas estaban pensando en ir ellas mismas con el chisme, en encontrarse con la señora a la salida de misa, como por casualidad, como si no llevasen una semana entera planeando ser así de miserables y mezquinas.

La niña crecía cada vez más hermosa y mi madre se iba encogiendo. Le salió un bulto en la cadera que la obligaba a caminar doblada, a subir las escaleras agarrada a la barandilla con las dos manos y casi arrastrándose por ellas. Las carnes que le quedaban le desaparecieron y se le cayeron los dientes en apenas dos meses. La piel se le arrugó de un día para otro, parecía mucho más vieja de lo que era. No sé si es que el rencor estaba acabando con ella o que la casa se había cansado de mi hija y se estaba entreteniendo ahora con mi madre. Fuese lo que fuese, no me dio pena verla sufrir. No recordaba haber sentido otra cosa que resentimiento hacia ella. Quizá de niña, antes de darme cuenta de

que me hacía trasquilones a propósito cuando me cortaba el pelo o de que me sacase de la escuela y me mandase a servir para que limpiase la mierda que toda mi familia se había negado a limpiar. Cada llaga que le salía y cada diente que perdía me parecía una recompensa por lo que me había hecho, un regalo que me mandaba la santita o el demonio, lo mismo me daba.

Cuando murió le di al enterrador una propina para que pusiera la caja al revés, con los pies junto a la cabecera de la lápida. Quería que supiera lo que le iba a pasar si intentaba volver a la casa. Solo estábamos la Carmen, mi hija y yo en el entierro, a mi madre no le quedaba otra familia y nadie más del pueblo había querido venir. El hombre se santiguó pero se guardó el dinero e hizo lo que le dije. No sé si fue por eso, pero nunca volvió de allí.

7

Mi bisabuela murió porque se la comió enterita el odio, igual que a su marido. Él acabó emparedado en la casa que había construido para encerrarla a ella y ella consumida por la envidia que le tenía a su propia hija. Se murieron los dos de puro asco de puro desprecio de pura mala sangre. Ella hizo bien en dejarle detrás de aquella pared hasta que solo fue un cracracra con la cuchara en el ladrillo pero ese cracracra se le metió en la cabeza porque en esta casa todo se te mete ahí dentro y te escarba y te escarba y te escarba.

El resto de la familia también ha muerto de odio pero no del suyo, del de los otros. Mi abuelo se consumió en la cama al año de vivir en la casa porque no aguantó el resentimiento que le goteaban los techos encima. Nosotras nos hemos criado aquí, pero mi abuelo venía de fuera y no estaba hecho a este pudridero. Todo lo que quedó de él fue un cerco de sudor y orina en las sábanas y esa cría raquítica y esmirriada que acabaría siendo mi madre y que también moriría de odios que no eran suyos. De eso han muerto todos en esta familia, de odios suyos o de los demás, pero siempre de odios.

La vieja tiene razón cuando dice que en esta casa se nos come la rabia, pero no es porque nazcamos con algo torcido dentro. Se nos va torciendo luego, poco a poco, de apretar los dientes. Yo de eso me di cuenta cuando empecé a trabajar para el hijo de los Jarabo, que se había instalado en el pueblo con su segunda mujer para llevar las bodegas después de morir su padre y su hermano. El primer día, nada más que me abrió la puerta la madre del niño, ya empecé a apretar los dientes. Cómo no me iba a torcer allí dentro cómo no me iba a echar a perder venga a rechinar las muelas unas contra otras. Supe que no tenía que haber ido en cuanto la vi allí parada en el umbral pero de qué iba a trabajar en este pueblo de mierda. Aquí no hay nada que hacer más que unas pocas semanas

de vendimia y algún viejo al que limpiarle la mierda hasta que se muere o hasta que lo meten a una residencia. Pensé mejor cuidar a un niño que a un viejo, que el moridero ya lo tengo en casa.

Al puesto se presentó también la María, la hija de la Angustias. Su madre había estado enferma toda su vida, nadie sabía de qué porque los médicos no sabían decirlo y cuando la María había insistido le habían insinuado que se lo inventaba, como si no hubiese visto ella que su madre no podía ni moverse cuando le daba un achaque, que no podía casi ni hablar de la congoja que le entraba. La María se había quedado cuidando a su madre porque su padre en la casa no valía ni para cocer patatas y sus hermanos se habían marchado a estudiar fuera y no habían vuelto. Pero se preocupan mucho por mí, decía la madre a las vecinas que iban a verla cuando no podía ni moverse, me llaman todas las semanas. Y yo no sé si a la María se la llevaban los demonios cuando la oía decir eso mientras restregaba las manchas del baño o fregaba la cocina, pero era para envenenarse y tirarle el cubo de agua sucia a la vieja encima y arrastrarla de los pelos por la casa a ver si veía que los hermanos hubiesen hecho las camas o preparado la comida.

Cuando murió la Angustias los hermanos también llamaron pero para poner la casa en venta. Al padre lo habían enterrado un par de años antes y los hermanos querían vender lo que quedaba en el pueblo. La María no tenía para comprarle la casa a los hermanos así que se la vendieron a otros y la echaron de allí con cinco mil euros. La María se quedó de un día para otro sin casa sin pensión sin paro y sin hermanos, que nunca volvieron a llamarla. Vivió un tiempo en una casa que le alquiló un vecino, hizo alguna vendimia. Se presentó al puesto que me dieron a mí pero la señora no quiso ni recibirla. Después ya no pudo pagar el alquiler y se la llevaron. Nadie volvió a verla, dijeron que la habían metido en una residencia porque se le había ido la cabeza.

Cuando se presentó en la casa de los Jarabo yo pensaba que la iban a coger a ella, que era mucho mayor que yo y necesitaba más el trabajo. Pero cuando murió la Angustias la María ya había pasado los sesenta años y a ellos no les gustan las señoras con ropa pasada de moda y cortes de pelo hechos en la cocina. Están bien para la vendimia porque eso es lo que han hecho toda la vida, trabajar como mulas, muertas a dolores por una miseria, pero no para

tenerlas por casa cuidando a su hijo. No quieren que a su hijo lo críe una pobre desgraciada con ropa de mercadillo y raíces sin teñir porque qué le va a enseñar esa infeliz, qué le puede enseñar si no ha conseguido nada si no ha hecho nada con su vida, cómo va a enseñar al niño cuál es su sitio, cómo le va a hacer ver que lo importante es el éxito el dinero cómo le va a enseñar a pisar si a ella siempre la han pisoteado.

La madre del niño nos miró de arriba abajo y me contrató a mí porque supo que cuando viniesen sus amigas de la capital se preguntarían cuánto me estarían pagando quién les habría dado mis referencias en cuántos idiomas hablaría al niño. Yo no había cuidado a un crío en mi vida y no sabía más que el inglés que me habían enseñado en el instituto pero eso no importaba lo que importaba era que no pareciese una paleta una pobre una ignorante que no había hecho otra cosa más que fregar lo que importaba era que sus amigas me viesen y pensasen que les costaba un ojo de la cara. Todo eso lo supe por cómo me miró, que en las televisiones dijeron que había que llamar a los servicios sociales porque soy retrasada pero es mentira, que al fin y al cabo aquí estoy en casa después de todo lo que hemos hecho y a ver quién podría decir lo mismo.

La vieja se trastornó del todo cuando supo que iba a trabajar para los Jarabo. Te crees que te han cogido para lucirte y solo lo han hecho para humillarte, me dijo a gritos, endemoniada perdida. No sé qué le contesté pero por dentro sabía que era verdad, que todo el mundo iba a pensar que llamar a su puerta pidiendo trabajo era la muestra de nuestra derrota, de que el hijo había ganado por fin el pulso que la vieja le había echado a la madre y a la familia entera cuando los insultó delante de todo el pueblo en el entierro e hizo creer a todo el mundo que les había incendiado la casa y les había roto los huesos con sus atados.

Cómo no iba a endemoniarse la vieja si ella había tenido que sufrir sus desprecios toda la vida, si desde niña había tenido que mirarles a los zapatos en vez de a las caras, si había tenido que ver cómo les daban el pésame a ellos por la muerte de su marido. Cómo no iba a envenenarse hasta el hígado de ver que después de todo eso yo me fui arrastrando hasta a su casa a pedirles trabajo, de ver que iba a cuidar a su hijo y a criarlo para que se convirtiese en otro

malnacido que nos despreciase en otro hijo de mala madre que heredaría las tierras las bodegas y el derecho a someternos a ellas a cambio de cuatro duros. Y por si eso fuera poco había tenido que ver la sombra de su hija en la casa día tras día durante años, como una condena.

Yo a la vieja la entendí ya trabajando en aquella casa que antes había sido del padre y ahora del hijo pero en la que no había cambiado nada porque aquí nunca ha cambiado nada y cuando se hizo el intento los molieron a palos los destrozaron a golpes les metieron un tiro entre los dientes en medio del monte. Me había creído más lista que ella, creía que la inquina de la vieja solo eran tonterías de antes que ya nadie tenía en cuenta, que por fin podría tener dinero para irme de esta casa y no volver a pisarla. Ahí donde los Jarabo vi que yo había sido una idiota, que era verdad que me habían contratado a mí en vez de la María para figurar pero que me odiaban y me exhibían al mismo tiempo, como el que enseña a las visitas un trofeo de caza o un animal enjaulado. Les gustaba que sus amigos de fuera pensasen que les costaba un dineral, pero que en el pueblo supiesen que trabajaba para ellos por una miseria, porque así todo volvía a estar en orden todos estábamos otra vez en nuestro sitio.

Mi bisabuelo se había negado a servirles y se lo habían permitido pero solo a medias y solo porque habían reconocido en él lo mismo que ellos tenían dentro las mismas ganas de someter al que está debajo. Sabían que esos no eran los peligrosos porque esos nunca miran hacia arriba nunca apuntan hacia arriba solo hacia abajo. A esos está bien tenerlos cerca porque a veces hay que poner orden y esos son los que disparan adonde hay que disparar los que están dispuestos a cualquier cosa. Pero a la vieja no le habían perdonado el desplante delante de todo el pueblo ni le habían perdonado que hiciese creer a todo el mundo que con cuatro pelos y un par de rezos a un santo podías hacer que la señora se cayese por las escaleras. Eso sí que no se lo habían perdonado, eso sí que no se podía consentir porque entonces todos los desgraciados del pueblo se iban a pensar que podían hacer lo que quisieran, que podían amenazarlos, que podían partirles una pierna o un brazo si se les antojaba solo con un recito.

Ahora yo trabajaba para ellos y podían hacer ver que todo

volvía a su sitio y la vieja solo era una loca que se había creído sus propios cuentos y sus propias mentiras. Tenerme trabajando allí era la prueba y yo había contribuido a ello, yo había contribuido a que todo el pueblo pensase que habían ganado que siempre ganaban que todos los desprecios y los insultos que había aguantado la vieja todos esos años desde el entierro no habían valido para nada porque tarde o temprano todo volvía a su sitio. Pensé en dejar el trabajo, en marcharme de allí para que cada día no fuese un recordatorio para la vieja, que el mal ya lo había hecho pero que al menos no fuese un recochineo. Pero una tarde cuando estaba ya con las palabras en la boca cuando estaba a punto a punto de decir me marcho la señora me dijo que iban a venir unas clientas a ver la casa y que me quedase con el niño en el cuarto y no le dejase salir. Los clientes iban casi siempre a la bodega pero a veces aparecían en la casa por lo que fuera y entonces me pedía que me encerrase con el niño por miedo a que le pillase un berrinche y todo el mundo viese lo malcriado y lo consentido que estaba. Si alguien preguntaba decía que estaba en clase de francés o ensayando con el piano.

Pero aquella tarde fue imposible retenerlo en su cuarto, ni siquiera unos minutos. Había empezado a intuir que su madre lo apartaba cuando venían algunas visitas y eso lo ponía más insoportable todavía. Me insultaba me agarraba del pelo me tiraba todo lo que tuviese cerca me daba mordiscos y patadas al intentar sujetarlo. Cuando no aguantaba más y se me venían al cuerpo las ganas de darle una bofetada le dejaba mi móvil para que jugase y solía funcionar porque la madre no se lo permitía. Pero aquel día no sirvió ni eso, lanzó el móvil por la ventana y salió corriendo de la habitación. Lo alcancé cuando había llegado al salón, donde su madre estaba hablando de los cuadros que habían elegido para decorar la casa.

Bueno bueno a quién tenemos aquí, dijo una de las clientas con ese tono de voz idiota que ponen los adultos para hablar con los niños, tú debes de ser Guillermo. El niño tendió la mano con un gesto encantador que imitaba los apretones de los adultos y todas se echaron a reír a la vez. ¿Has acabado ya tu clase de francés? No, contesté cogiendo al niño de la mano para llevármelo, solo venimos a por un vaso de agua. Ni siquiera esperaron a que me fuera no aguardaron ni unos segundos para que no pudiese oírlas. Lo malo

de las profesoras que no son nativas es que luego a los niños se les nota mucho el acento, dijo la misma de antes. Es horrible, contestó la madre, pero es que le pasa hasta en español que repite lo que le oye a las chicas que ayudan en casa. A mi marido y a mí nos parecía buena idea que se criase aquí en el campo con los caballos y los viñedos antes de escogerle un buen colegio que no estuviese todo el día delante de una pantalla pero el otro día dijo mamá ya he comío y te juro que estuve a punto de irme de aquí ese mismo día.

Las oí reírse durante un buen rato. Las seguí oyendo cuando se marcharon cuando acosté al niño y volví aquí, tenía la risa metida en la cabeza. Ese gorjeo contenido y medio ahogado de quien se está riendo de alguien y finge que disimula y que no quiere que le escuchen pero en realidad lo hace para eso esa risa como de marqués que tira una moneda al suelo como de granjero viendo comer a los cerdos.

Fue esa noche cuando lo entendí todo, se me vino todo a la cabeza ahí tendida en la cama. La vieja siempre había creído que el odio de los Jarabo era una rencilla entre familias de esas que se enquistan y se enquistan sin hacer costra pero no era cierto. Los Jarabo no eran peores que cualquiera de los que son como ellos y no nos odiaban más de lo que odian a cualquiera de los que son como nosotras. A la vieja le habían cogido tirria por los atados, porque gracias a ellos todo el pueblo había creído que a los suyos se le pueden mandar desgracias sin que pase nada que podemos escurrirnos en medio de la noche por el monte y venir a esta casa en medio de la nada en medio de un baldío para ir a prepararle un mal al patrón al señor al amo sin pagar por ello. Pero nos detestan igual a todos nos tienen el mismo asco a todos y ese asco se nos mete dentro y nos envenena y lo llevamos tan hondo que al final pensamos que es nuestro pero no lo es. Y entonces me dormí y al despertar tenía una carcoma dentro que no sé si las sombras me la metieron entre susurros por la noche o me vino a mí sola a la cabeza pero eso no importa porque igual supe que esa carcoma tenía que sacarla y que todavía no podía despedirme del trabajo que me quedaba algo por hacer.

8

Claro que no me gustó que trabajase para ellos. Cómo iba a gustarme que fuese a criar al hijo de los malnacidos esos que han sido la ruina de esta familia. Bien se cuidó de no decirme que iba a hacerlo hasta que ya le habían dado el trabajo. Si lo llego a saber, la agarro de los pelos y la encierro en la tiná de la leña antes de dejar que sirva en esa casa. Antes la mato que verla de criada de esos.

Los Jarabo la contrataron enseguida, claro. Podían haber cogido a la María, a la que los desgraciados de sus hermanos habían tirado a la calle, que ya hay que ser ruin y miserable para hacerle eso a tu propia hermana. Pero no, cogieron a esta. Ella se creía que era porque era más joven y estaba de mejor ver, y no digo yo que no hubiese algo de eso, que la estirada con la que se casó el hijo cuando se divorció de la primera mujer seguro que pensó que la María le hacía feo por la casa. Dios los cría y ellos se juntan y esta era igual o peor que la otra pero mucho más joven. Pero en mis adentros yo estaba segura de que el hijo no nos había perdonado que lo despeñase barranco abajo mientras cazaba. De puertas pa fuera los Jarabo se burlaban de las habladurías y decían que solo habían sido accidentes, pero de puertas pa dentro la Carmen sabía que no eran tan soberbios. La madre empezó a bajar las escaleras agarrada a la barandilla y el hijo guardó la escopeta bajo llave desde entonces.

Aunque pensándolo mejor no sé si el hijo no me perdonó el accidente o lo que no perdonó fue que todo el pueblo creyese que yo podía provocarlo con unos recitos, como dice mi nieta, pero para el caso es lo mismo. Me tenía la bilis guardada dentro y ahora tenía cómo sacarla. Ella fue allí porque le parecía un trabajo como otro cualquiera, qué más da trabajar para unos que para otros. Solo quería juntar unas perras pa irse a Madrid. Pero allí en la casa

entendió muchas cosas. Fue con unas ideas y salió con otras. Yo me endemoniaba cada vez que la veía llegar porque se me venía al cuerpo todo el coraje que me daba que en el pueblo pensasen que después de tantos años nos habíamos arrastrado para pedirles trabajo, pero mi nieta empezó a hablar conmigo y a contarme las ideas que se le formaban en la cabeza en aquella casa. Yo ya sabía muchas de las cosas que me contaba, pero no había dado en verlas así junticas, unas detrás de otras. Ojalá las hubiese visto antes porque se las habría dicho a mi niña y a lo mejor no habría desaparecido. Mi nieta dice que eso no se sabe, que quizá habría desaparecido igual, que yo no tenía forma de evitarlo. Pero yo no puedo dejar de pensar que si hubiese pensado esto antes nos habríamos entendido mejor ella y yo, no nos habríamos gritado, no habría salido dando un portazo.

Mi niña era muy guapa. No como nosotras, que somos pequeñas y escurrías como garduñas. Ni carnes tenemos. Ella era alta y hermosa, elegante como un corzo. Aquel bebé encogido y amarillento se había convertido en una moza preciosa, todo el pueblo la miraba cuando caminaba por la calle. Era una alegría verla. Las mujeres hablaban en la cola de la tahona, decían que cómo era posible que hubiese salido una muchacha así de cariñosa y de guapa de una casa como esta. Me lo contaba la Carmen. Las desgraciadas se llenaban la boca malmetiendo, pero bien que venían luego aquí a pedir.

De todas formas lo peor no era lo que decían las mujeres, sino lo que hablaban los hombres. Eso no me lo contaba la Carmen porque esas cosas solo las dicen entre ellos. Eso me lo contaban los santos. Me decían que hablaban de lo que le harían, algunos con deseo y otros con eso que tienen muchos hombres por las mujeres, que piensan que es deseo pero que solo es odio. Me lo contaban con las palabras exactas, con todos los detalles, para que yo recordase bien lo que decía cada uno. Y yo lo recordaba, lo metía todo dentro de esta cabeza.

Algunas cosas se las contaba a mi hija, pero ella no me creía. Decía que solo quería asustarla para que no saliese a la calle, para que se quedase encerrada conmigo entre estas cuatro paredes. Decía que la gente se reía de mí, que me llamaban loca, que se burlaban a mis espaldas. Que le daba vergüenza ser mi hija. Yo eso también lo

sabía. Sabía que se reía de mí con sus amigos, que les contaba que se encontraba rosarios debajo de las camas y bolsas llenas de pelos entre las sábanas. Que les decía que hablaba sola, que creía que se me aparecían los santos cada vez que me daba un desmayo. Se burlaba más que ninguno para que viesen que no era como yo, que no se parecía en nada a su madre, que ella no creía en esas tonterías de viejas.

Eso me lo decían los santos, pero no hacía falta. Ella misma se ocupaba de que todo el mundo se enterase, también yo. Pero había otras cosas que no quería que supiese y esas también me las contaban los santos cuando se me llevaban. Me decían que se iba con los muchachos a las eras y que allí bebían y fumaban y escuchaban música en un radiocasete que tenía el hijo de los Jarabo. Por entonces casi todos se habían ido ya, algunos a estudiar y la mayoría a trabajar, pero volvían en verano. Después de la desaparición de mi hija dejaron de hacerlo, pero los dos o tres veranos anteriores volvieron todos en cuanto les dieron las vacaciones. Se pasaban el día durmiendo y la noche de juerga. Se iban a las fiestas de los pueblos de alrededor y volvían borrachos como cubas, conduciendo por estas carreteras de mala muerte que hay por aquí, llenas de curvas y de baches. No se mató ninguno porque Dios no quiso.

Mi hija no había querido estudiar. No habría podido mandarla a la universidad porque a ver quién puede pagar eso, pero le dije que estudiase un
FP
y tampoco quiso. Había sacado lo obligatorio a duras penas, muchos días ni siquiera aparecía por clase. Decía que no aguantaba estar allí sentada tantas horas oyendo tonterías que no servían para nada. Los trabajos tampoco le duraban. Cuando conseguía uno en invierno a veces aguantaba dos o tres meses, pero lo dejaba en cuanto llegaba el verano. Si no tenía dinero para salir, encontraba quien la invitase. Siempre había alguno dispuesto a pagarle una copa, muchos con la esperanza de conseguir algo a cambio, otros con la exigencia.

Muchas veces el que la invitaba era el hijo de los Jarabo. Tenía unos años más que ella, había estudiado para abogado como el hermano y se había colocado en un despacho de Madrid, pero le

gustaba esto. Aquí podía cazar y salir con los caballos por el monte, el desgraciado. Los santos me habían dicho que miraba mucho a mi hija y que la miraba con ganas. A mí se me llevaban los demonios de saber que ese hijo de mala madre estaba detrás de mi hija. Esa familia nunca tenía suficiente, siempre quería más. No les bastaba con que trabajásemos para ellos, con que el pueblo entero se dejase la piel en sus viñas, también había que darles gusto.

Pero no os voy a engañar, a mi hija le gustaba que andase detrás de ella. La muy idiota se pensaba que iban a salir de novios. A nosotras estos solo nos quieren para lo que nos quieren, le decía yo, pero ella me contestaba que eso eran cosas de antes. Como si ese malnacido no fuese hijo de su padre. Como si no le hubiesen hecho creer desde niño que todo lo que hay en este pueblo es suyo.

Pensé que a mi hija se le iba a quitar la tontería cuando el muchacho vino a pasar unos días con la novia, la que luego fue la primera mujer. Una chica de Madrid, hija de uno de los abogados del despacho en el que trabajaba. Bien estirada y bien seca, sin ninguna gracia ni ninguna carne. Pero también bien vestida y con modales de colegio caro que se le veían hasta en esa forma de andar como de marquesa, como si hubiese pagado ella cada baldosa que pisaba por la calle. Él la dejaba con la madre y venía aquí a la casa a buscar a mi hija, pero ella no quería verlo, se encerraba en la habitación hasta que él desaparecía por el camino. Nunca se acercaba a la puerta ni tocaba el timbre, pero yo sabía que andaba cerca porque la casa entera se estremecía. Las paredes empezaban a temblar y el aire se volvía denso y pesado hasta que apenas podía respirar del ahogo.

Se enfadó con él, pero aún más conmigo. En esta familia nos hemos escupido el odio unas a otras hasta que nos ha comido por dentro. Yo entonces todavía no sabía lo que ha dicho mi nieta, solo me daba rabia que hubiese sido tan idiota, que no me hubiese hecho caso con todas las veces que le había dicho que esa gente solo nos quiere para hacerle la cama o para deshacérsela, pero para nada más. A ella le revolvía la bilis que yo tuviese razón, que se hubiese cumplido lo que había dicho. Cada vez que nos gritábamos, la casa se estrechaba sobre nosotras. Las paredes se estremecían y las puertas de los armarios se abrían y cerraban de golpe. Los techos crujían como si estuviesen a punto de derrumbarse, como si el

tejado fuese a desplomarse encima de nuestras cabezas de un momento a otro. Pero lo peor eran las sombras. Nos agarraban los tobillos para que nos cayésemos al suelo, nos tiraban de la ropa y se nos colgaban de los cabellos, nos lanzaban los platos y los vasos que había dentro de los armarios. Se desquiciaban con nuestras peleas, se trastornaban de oír los gritos y los juramentos y los ojalá te mueras y los ojalá no te hubiera parido desgraciada.

A las dos semanas de que el Jarabo apareciese en el pueblo con la estirada esa mi hija empezó a salir con un mozo, un chico que trabajaba de albañil donde iba saliendo con una cuadrilla de Huete. Me lo dijo la santita una noche que vino a tumbarse conmigo en la cama, me acuerdo que quemó las sábanas con el halo y tuve que tirarlas. El chico parecía muy formal y muy trabajador, pero a ella en realidad no le gustaba, aquello era puro despecho y pura agarrada de celos. Eso no hacía falta que me lo dijese la santita, ya lo veía yo. El muchacho venía a buscar a mi hija a casa, se sentaba en el poyete del patio y se quedaba esperando hasta que ella bajaba, a veces casi una hora. No me dejaba invitarlo a pasar, supongo que se avergonzaba de mí y de la casa, que no quería que viese los suelos arañados y las manchas amarillentas de las paredes, los vestidos viejos con la sisa mal cogida y las mangas desparejas porque nunca había aprendido a coser de puro rencor a mi madre. Cuando ella por fin salía, él la miraba embelesado. Hasta abría la boca el muy imbécil.

Lo dejó enseguida, a los veinte días, en cuanto el hijo de los Jarabo volvió a Madrid y se aburrió de que este estuviese detrás de ella como un perro. Él no se lo tomó bien. Empezó a seguirla por el pueblo, a presentarse en la casa. Se quedaba allí parado en la puerta del patio, esperándola, intentando verla entre las cortinas del cuarto. No se iba ni cuando se hacía de noche. La casa empezó a inquietarse alimentada por la angustia de mi hija, que aumentaba a medida que pasaban los días. Cada vez que miraba por la ventana lo veía parado frente a la verja del patio, esperando. Él faltaba al trabajo y apenas dormía, la madre decía por el pueblo que lo habíamos trastornado, que nunca había hecho esas cosas hasta que empezó a salir con mi hija. Le pedí a mi muchacha que me dejase hacer algo para alejarlo de ella, pero no quiso. Ni un sustito siquiera. Decía que eso solo eran idioteces, que ya se cansaría.

No se cansó, nunca lo hacen. Las cosas solo empeoraron. Una noche vino la santa al techo de la cocina mientras fregaba las ollas. Se me presentó allí, con su halo resplandeciente sobre el techo amarillo por el humo y la grasa. Me dijo que mi hija estaba preñada, que iba a tener una niña. No sé cuánto tiempo se me llevó, pero cuando volví en mí estaba amaneciendo.

El embarazo fue la comidilla de todo el pueblo en cuanto se le empezó a notar la tripa. Los condenados no tenían otro tema de conversación. Llevaban años preguntándose cómo era posible que hubiese parido una muchacha tan guapa y tan cariñosa, pero ahora ya les encajaba todo. Era una descarada como su madre, las dos habíamos acabado preñadas de andar por ahí con los muchachos como unas sinvergüenzas. Al final resultaba que sí se parecía a mí.

Aquello hizo que me odiase más todavía. Siempre se había creído mejor que yo, creía que se casaría con un muchacho bien colocado y se marcharía de aquí, que no tendría que volver a pisar este pueblo de miserables. Pero al final había hecho lo mismo que yo, preñarse demasiado pronto. Se echaba la culpa igual que lo hacía todo el pueblo, creía que era ella la que tenía que haberle parado cuando él insistía. Se odiaba por ello y me odiaba a mí porque veía su reflejo. Se veía dentro de diez años atrapada en esta misma casa, con la ropa dada de sí y una cría estúpida que no había querido tener.

Siempre he creído que volvió con él por eso, para no acabar como yo. Quizá pensó que por malo que fuese era mejor un hombre que ninguno, que así tenía una oportunidad de marcharse de aquí. A mí se me comía la rabia por dentro, no soportaba verla volver con ese desgraciado que se había pasado días enteros delante de la casa vigilándola como un trastornado. A los hombres como esos hay que ponerles tierra de por medio antes de que ellos te la pongan por encima.

Durante un tiempo pareció que las cosas iban bien. Habían decidido no casarse ni vivir juntos hasta que naciese el bebé, pero él la paseaba del brazo por todo el pueblo, como si ya fuese su mujer. La llevaba en coche a Cuenca a comer en buenos restaurantes, le compraba pulseras y pendientes que debían de costar un ojo de la cara y de las que hablaba todo el pueblo. Y mi hija estaba guapa a reventar, el embarazo la hacía todavía más hermosa, daba gusto

verla.

Pero cuando la niña nació aquella primavera ella le siguió dando largas. Retrasaba la boda una y otra vez con cualquier excusa. Llegó de nuevo el verano y ella volvió a salir con los muchachos que regresaban al pueblo. Muchas veces no pasaba por casa durante varios días. El novio venía a buscarla loco de celos, golpeaba la puerta como si fuese a tirarla abajo. La niña lloraba y en la casa el aire se volvía denso como el aceite.

El hijo de los Jarabo también había vuelto al pueblo. Esta vez no había traído a la novia, pero su madre había dicho por todo el pueblo que estaban preparando la boda para el verano siguiente. Eso a él le importaba poco, seguía buscando a mi hija igual que había hecho siempre, y a ella eso le gustaba. Con un bebé en la cuna y un novio en el altar, la muy idiota seguía yendo detrás de él en cuanto aparecía por el pueblo. Yo me pudría por dentro, no era capaz de decir a cuál de los dos odiaba más ni cuál me parecía más peligroso.

Cuando volvía a la casa nos envenenábamos la una con la otra desde que entraba por la puerta. Los gritos debían de oírse hasta en el pueblo. Yo le decía que era una sinvergüenza por dejar a su hija para irse de juerga, ella me contestaba que así tenía algo de lo que ocuparme en vez de meterme en su vida. Yo la llamaba desagradecida y ella a mí loca, yo le decía que iba a acabar mal y ella me contestaba que era imposible terminar peor que yo. La niña lloraba como una descosida y a las dos se nos agarraba bien fuerte el resentimiento que nos teníamos, que había crecido tanto que hinchaba las paredes de la casa.

El día que desapareció también habíamos discutido y sabe la Virgen del Monte que eso yo lo voy a llevar clavado dentro hasta que me muera. Se marchó dando un portazo que hizo temblar la casa y no volví a verla hasta que su sombra llamó a la puerta unos días más tarde, pero esa ya no era ella. Nunca supe cuál de los dos se la había llevado, por más que le supliqué a los santos nunca me lo dijeron. Yo llevé la pena dentro treinta años como el que lleva un agujero en el pecho. Pero cuando mi nieta me explicó todas esas cosas me di cuenta de que los santos no me habían dicho un nombre porque daba igual cuál de los dos lo hubiese hecho. Cada uno tenía su culpa y ninguno de los dos la había pagado. Los

desgraciados siguieron con su vida como si mi hija no hubiese existido. Uno se casó con la novia esa el verano siguiente y el otro con la Emilia un par de años más tarde. Tuvieron hijos como si no me hubiesen quitado a la mía. Como si yo no fuese a cobrarme la deuda.

9

Al niño lo lloraron mucho. Los llantos no llegaban a esta casa porque a esta casa de mierda no llega nada, no se va nada pero tampoco llega. Menos los muertos, claro, que arrastran las penas hasta el umbral y luego se agarran a las puertas a las paredes a los estantes a nuestro pelo a nuestros tobillos a lo que sea a lo que encuentren. Los vivos no llegan salvo que vengan a pedir o a llevarnos salvo que vengan a horcajadas de la necesidad o del ansia.

Las mujeres del pueblo decían que a la madre del niño se la oía llorar a todas horas, que pasabas por delante de la verja y allí estaban los llantos, fuese de día o de noche. La Carmen se lo contaba a mi abuela y yo lo oía desde el piso de arriba. Lloraba bajito como lloran los ricos porque llorar alto es de pobres, de gente que monta escándalos y números y que no sabe comportarse. Lloraba bajito pero se la oía desde el otro lado de la verja desde la calle por donde pasaban las mujeres a ver si se enteraban de algo para contarlo en la cola del pescado y los hombres a ver si había alguna novedad para decirla en el bar.

Cuando apareció en la televisión apenas lloró. Estaba ahí tan pija tan delgada tan joven tan bien maquillada y tan bien vestida. Sonaba tan bien lo que decía tan de colegio caro, sin ejques sin muchismo sin bonicos sin enca. Con todas las letras, una detrás de otra, todas bien colocadas y puestas en su sitio y sin montar números, le habían desaparecido al niño pero ella no montó un número, no se tiró de los pelos hasta quedarse con mechones en las manos ni gritó que le iba a arrancar la cabeza al desgraciado que lo hubiese hecho. Dijo todo lo que tenía que decir muy tranquila sin escándalos sin juramentos sin amenazas sin maldiciones. Se la veía triste, estaba claro que sufría pero lo llevaba por dentro. Solo se le escapó una lágrima cuando acabó de hablar, una única lágrima que

se le deslizó por la mejilla y que ella se limpió con elegancia antes de que llegase a la barbilla. La lágrima no le corrió el rímel ni le hizo un surco en la mejilla porque ese maquillaje era del bueno no del que compras en el bazar a dos euros. Cuando entraba al cuarto de baño de la señora me quedaba mirando las cajitas de polvos que valían lo mismo que mi sueldo de aquel mes, las veía todas colocaditas allí, en orden, y pensaba cuántos meses cuántos años tendría que trabajar yo para pagar aquello cuántos mocos tenía que limpiarle a aquel crío idiota cuántos tirones de pelo le tendría que aguantar para valer lo mismo que aquel estuche de maquillaje. Cómo no iba a pudrirme por dentro viendo aquello cómo no se me iban a reventar las tripas en aquella casa cómo no iba a entenderlo todo.

No sé lo que dijo la madre en la rueda de prensa porque la oí pero no la escuché. Solo podía mirarle el pelo perfecto la manicura perfecta la camisa perfecta. Cuánta gente para preparar aquello, cuánta gente mal pagada con hipotecas y letras con casas llenas de trampas para cucarachas y manchas de moho para que ella estuviese así de perfecta. La peluquera para el tinte, la esteticién para la manicura, la criada interna que planchaba la ropa. Eso si contamos solo aquel momento, sin tener en cuenta los tratamientos de belleza durante años las niñeras que la cuidaron desde pequeña y no dejaron que sus manos se manchasen con nada las criadas que han evitado durante décadas que tenga que llenarse de grasa de polvo de mierda los profesores que la enseñaron a pronunciar así de bien a hablar así de bien a no desmoronarse nunca delante de nadie ni siquiera cuando se han llevado a tu hijo porque si te desmoronas y gritas y maldices y hablas mal y se te cuelan las jotas donde debería haber eses y te comes sílabas que no tenías que comerte nadie te toma en serio. Te tienen pena, dicen ay qué desgracia esa madre pero no te toman en serio.

No sé lo que dijo en la rueda de prensa pero en realidad no importa porque lo importante es que se viese que esa familia no era una familia cualquiera que ese niño no era un niño cualquiera. Que a ese había que buscarlo a fondo con los recursos que hiciesen falta sin escatimar en horas extra ni asesores externos que este no era uno de esos casos en los que llamas a la familia cuando las pistas se enfrían y dices estamos haciendo todo lo posible dices no sabemos

nada dices lo siento estaremos pendientes y entierras la carpeta en el fondo del archivo. Este era un caso de los que hacen que caigan broncas si no tienes resultados de los que hacen que te llame alguien de un ministerio un juez para ponerte en tu sitio para decirte lo que va a pasar si el niño no aparece para que recuerdes cómo funcionan las cosas. Un caso de los que salen en la televisión sin parar día tras día y ponen nerviosa a gente importante porque esa gente importante ve esa manicura esas eses bien arrastraditas y esa ropa cara y reconocen a uno de los suyos.

Este mundo no está hecho para que esos niños desaparezcan, esos niños no desaparecen esos niños hablan tres idiomas antes de empezar la primaria pero no desaparecen. Los que desaparecen son los de las madres que montan escándalos que gritan en la calle y salen en la tele con el pelo sin lavar porque el dolor las ha roto demasiado como para darse una ducha y no han tenido ánimo ni para eso casi ni se han levantado de la cama. Y las cámaras las graban con el pelo sucio y la ropa barata y las uñas comías de los nervios. Las graban hechas pedazos rotas por dentro y por fuera y graban su casa con muebles baratos y cortinas pasadas de moda porque no tienen dos tres cuatro personas que se encarguen de ellas no tienen un abogado que prepare una rueda de prensa no tienen un bufete entero que busque un sitio y convoque a los medios y les aconseje cómo hablar y cómo moverse y qué decirle a los periodistas que solo quieren carroña para alimentar horas y horas de debates. No tienen abogado no tienen criada no tienen nada y todo el mundo lo ve y a todo el mundo le da pena pero también entiende todo el mundo que esos niños sí desaparecen que esos niños no hablan idiomas ni han viajado en avión pero sí desaparecen. Nadie quiere que lo hagan a todo el mundo le parece mal pero bueno un poco menos mal porque la prensa se olvida rápido de ellos y se convierten pronto en una cifra dentro de una estadística y todo el mundo sabe que eso ya no da pena que a nadie le da pena un número que lo que dan pena son los niños rubios y blancos de los que sabemos su juguete favorito su color favorito el nombre de su perrito.

El padre también estaba en la rueda de prensa pero apenas habló. Le dejó todo el protagonismo a ella porque una madre llorando rompe a cualquiera pero un hombre es distinto, un hombre

llorando da algo parecido a la pena pero que no es pena sino un desasosiego como de que te pille el trueno en medio del monte. Esto de que una madre llorando desgarra a cualquiera lo sabe todo el mundo pero si desaparece tu hijo igual no te acuerdas igual te pones a insultar a la policía y a los jueces porque necesitas sacar lo podrido por algún sitio. Pero si tienes un abogado, un bufete entero, ellos se encargan de colocarte detrás de la madre de decirte que le des la mano y no la quites en toda la rueda de prensa de aconsejarte un gesto de cariño cuando acabe de hablar y un agradecimiento a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado.

Él obedeció en todo, lo hizo todo bien, en la cámara hasta parecía más joven de lo que era hasta parecía guapo con aquella camisa cara y esos rizos suyos que el niño había sacado. Cualquiera diría que el gesto le había salido solo que le cogía la mano a su mujer todos los días que se preocupaba del niño. Yo también lo hubiese pensado yo habría pensado qué buen padre lo que tiene que estar sufriendo porque a los hombres les basta un gesto para que todo el mundo piense que son buenos padres pero yo había pasado muchas horas en su casa yo sabía que al niño ni lo miraba y a la madre era mejor que no lo hiciese. También había aprendido que ni el dinero te libra de los hombres como ese que da igual que tu familia tenga empresas y rentas y tierras y pisos porque los hombres de mierda te caen encima igual. Yo pensaba que las ricas lo tenían más fácil con esas cosas que agarraban la maleta y se marchaban y llamaban a dos tres cuatro abogados y encima le sacaban el dinero al exmarido pero ahí me di cuenta de que no de que las rompen igual poco a poco pero sin descanso como quien cava una fosa con una cucharilla. Y cuando sacan el valor y lo juntan todo en el estómago para marcar el número de una amiga y decirle esto yo ya no lo aguanto y marcar el número de su padre y decirle yo me marcho de aquí la amiga le dice no va a querer darte pensión vas a estar sola con el niño y le vas a tener que cambiar de colegio y el padre le dice no hagas un escándalo que no quiero líos. El dinero siempre es mejor el dinero le da a todo una capita de aceite que hace que nada chirríe que todo encaje en su sitio clicliclic todas las piezas funcionando como deben funcionar sin que nada se desbarate ni se rompa ni se encalle ni se tropiece. Los pobres nos pasamos la vida dándole martillazos a las piezas pero ni así encajan y ellos en

cambio todo frescos todo tranquilos. Pero ni el dinero te libra de los hombres así, eso lo vi en aquella casa. Hasta las ricas tienen que andarse con ojo con los hombres porque a la que menos te lo esperas te cae un celoso y un violento que empieza con la cuchara rarrarrarrarra hasta que te cava la fosa.

Vi la rueda de prensa en el móvil pero solo a trozos porque la conexión se caía. Quería verla pero la verdad es que daba igual lo que dijeran porque a mí el padre ya me había dicho todo lo que me tenían que decir ya me había dicho que me iba a destrozar la vida. No él, claro, no él directamente él no se iba a rebajar a venir aquí a la casa de la criada, para eso tiene gente igual que tiene gente para cualquier otra cosa. Aquí mandó al capataz que para eso está para gritar a los que hablan a los que preguntan por la media hora de descanso a los que se quejan de dolor por llevar diez horas agachados junto a las viñas.

La guardia civil todavía no me había detenido, solo me había interrogado durante varias horas me había hecho contar la historia una y otra vez porque yo era la que estaba cuidando al niño y la última que lo había visto. Pero al padre le daba igual porque en el mejor de los casos yo era una criada que había hecho mal su trabajo y lo que quería era molerme a palos. Quería arrastrarme a la calle y darme una paliza hasta matarme o casi matarme porque eso es lo que se hace con los criados que se descuidan y por su culpa se pierden las cosechas los negocios las yeguas o los niños. Yo entiendo la rabia yo entiendo que un padre te quiera arrastrar del pelo si le pierdes al hijo pero también sé que esa rabia no la habría tenido si el niño se hubiese perdido estando con unos amigos o un familiar que esa rabia era una rabia de señorito al que le ha salido mala la criada.

El capataz pegó dos gritos y se marchó cuando la vieja abrió la puerta de la casa y se le quedó mirando desde el umbral. La vieja espanta a cualquiera cuando lleva el pelo largo y suelto y la bata negra y te mira fijamente pero algo debió de sentir él también en la casa porque levantó la vista al ventanuco de la cámara y la cara se le descompuso durante un segundo. Yo estaba en la ventana de la habitación y no me vio pero yo a él sí y noté perfectamente ese segundo de terror que intentó esconder pero no pudo. Quizá vio algo quizá notó las ganas que tenía la casa de echársele encima

como un animal embrutecido de hambre.

No mandó al capataz a la casa más veces pero debió de hacer llamadas porque la promesa sí la cumplió. Al día siguiente me detuvieron y me llevaron a la cárcel. Quizá me equivoqué al contar la historia pero no creo porque la había repetido muchas veces en mi cabeza y la repetí muchas más veces delante de los guardias civiles y siempre decía lo mismo y los guardias civiles nunca pusieron cara de que algo les sonase raro ni me hicieron más preguntas. Yo creo que no tenían nada pero me detuvieron a mí para que pareciese que hacían algo. Habían pasado seis días y nadie pensaba ya que el niño fuese a aparecer con vida ni que fuese un secuestro ni nada porque un niño tan pequeño no sobrevive tanto tiempo solo y porque nadie había pedido rescate. Nadie lo decía pero todo el mundo pensaba que estaba muerto y todo el mundo comentaba en sus casas que estaba muerto pero en la calle decían que no había que perder la esperanza un poco para convencerse a sí mismos y otro poco por si acaso alguien le iba con el chisme a los Jarabo.

Tenían que hacer algo y me detuvieron a mí que estaba a mano y no tenía abogado ni contactos ni tenía a quién llamar para que me librase de aquello. Tampoco tenía dinero así que me quedé en la cárcel hasta que el abogado que me dieron recurrió y me tuvieron que sacar porque no tenían nada. Pero eso fue tres meses más tarde y en todo ese tiempo solo vi al abogado una vez y hablé por teléfono con él otra. Con la vieja sí que hablaba, le dije que no viniese a verme porque tenía que coger tres autobuses y tenía miedo de que le diese una flojera o se marease que está bien para la edad que tiene pero coger tres autobuses le baja la tensión y le quita las ganas de vivir a cualquiera. También le decía que no saliese de la casa porque en el pueblo todos daban por hecho ya que yo había matado al niño. En eso no me hacía caso pero ella tampoco iba mucho al pueblo de todas formas, solo salía de la casa para ir al huerto y a buscar a los gatos que no veía en varios días por si se habían caído al barranco y a veces a quitar las cintas que atan los cazadores a los árboles para señalizar los puestos. Una vez que bajó a la farmacia todo el mundo la miró pero nadie le dijo nada porque en este pueblo la gente es miserable y mezquina pero sobre todo es cobarde.

Nadie le dijo nada pero todos hablaban de ello. Cómo no iba a ser yo la culpable si de esta casa no había salido nada bueno si mi madre era una sinvergüenza que se había quedado embarazada y luego me había abandonado para no volver nunca si mi abuela había matado a su marido a base de disgustos a base de mala sangre. Si se veía que esta familia estaba torcida solo había que mirarnos todas viudas y solteras y sin hombres porque ninguno aguantaba.

La prensa lo empeoró todo porque les ponían un micrófono delante y ellos le decían todo eso a las cámaras a las radios a quien quisiera escucharlo. Cada vez venían más periodistas y ellos cada vez contaban más cosas y los programas de debate repetían una y otra vez el vídeo de la desgraciada de la carnicera contando que mi abuela estaba demenciada porque se bañaba desnuda en el patio y se escondía en los armarios, del malnacido del frutero diciendo que en el pueblo se oía que utilizaba a los gatos para los hechizos y los atados cuando alguien iba a pedir algo. Eso sí que enrabietó a la vieja porque a ella que le dijesen que estaba demenciada le daba igual pero no consentía que dijesen lo de los gatos con lo que los quería que hasta los trataba de usted cuando la vieja no ha tratado de usted ni al señor cuando le servía.

Cuando me soltaron tampoco se callaron porque la idea de que yo había matado al niño se les había metido dentro y ya no había quien la sacase. Los padres hablaron de nuevo, los entrevistaron en su casa, sentados los dos en el sofá del salón muy rectos y muy bien vestidos y muy cogidos de la mano. La madre lloró un poco más esta vez pero también las lágrimas le caían con elegancia, sin arrugar la cara ni cambiar el gesto. Se la veía más delgada y más cansada, ni ese maquillaje tan caro le tapaba las ojeras. El padre esta vez sí habló dijo que confiaba en la labor de la guardia civil y los jueces dijo que sabían que estaban dejándose la piel en la investigación dijo que tenían la esperanza de encontrar a su hijo con vida. Luego miró directamente a la cámara y dijo que si no era así se encargaría él mismo de que se hiciese justicia.

La entrevista continuó pero yo no la seguí viendo porque sabía que aquel mensaje era para mí que me lo estaba diciendo a mí y a nadie más. En lugar de mandar a alguien esta vez me lo decía en la televisión para que todo el mundo lo escuchase para que la

amenaza tuviese testigos y no se quedase atrapada entre las estampas de santos que colgaban de la parra. Cuando subieron el vídeo en la web de la cadena lo vi muchas veces le daba adelante y atrás y le veía repetir una y otra vez que se encargaría él mismo que él haría justicia. Una y otra vez una y otra vez. Me entraba la risa cada vez que lo veía. Podía amenazarme lo que quisiera podía hacer que me diesen una paliza o pegarme un tiro él mismo con la escopeta de caza pero justicia no iba a hacer justicia habíamos hecho nosotras que nos habíamos asegurado de que ese niño no fuese como sus padres ni como sus abuelos ni como sus bisabuelos de que allí se acababa para siempre la historia de los Jarabo.

10

Los desgraciados contaron un montón de mentiras. Hay que ser rastrero para decir que yo mataba gatos para los atadicos. Me lo dijo la Carmen, que lo había visto en la televisión. Hay que ser bajo y ruin y despreciable para decir eso, con lo que yo les cuido, que les brilla el pelo que parecen reyes. Yo antes no los vacunaba porque aquí eso antes no se estilaba, pero me lo dijo mi nieta y ahora viene el veterinario cuando juntamos cuatro duros y los vacuna. También se los va llevando para esterilizarlos. Eso tampoco se estila, aquí los meten en una bolsa cuando nacen y los revientan a golpes como se ha hecho siempre.

Si no es por la Carmen, habría ido a la frutería y habría arrastrado al frutero por todo el pueblo de esos cuatro pelos guarros que le quedan en la cabeza. Qué quieres, que te lleven presa a ti también como a la niña, me dijo la Carmen, y me quedé quietecica para no empeorar las cosas. No le arrastré pero le di su merecido. Le recé a la santa hasta que se me levantó la piel de las rodillas. La cámara frigorífica dejó de funcionar durante el fin de semana y se echó a perder toda la fruta. Cuando abrió el lunes se había podrido todo, no salvó más que las patatas y las cebollas.

Mi nieta creía que después de la detención la gente no iba a volver a pedirme, que no iban a querer que les hiciese atados ni les dijese si sus muertos se habían perdido o se los habían llevado los ángeles. Pero yo conozco bien a ese atajo de falsos y arrastrados. Nos han cogido miedo y vienen más que nunca. A veces se juntan dos o tres en la puerta cuando cae la noche y no me acuesto hasta las tantas de la mañana. La casa nota el miedo que traen y chirría y cruje. Las sombras se han vuelto tan espesas que a veces alguno de ellos las ve, igual que vosotros. Notan un bulto negro que se arrastra en una esquina y apartan la vista sin decir nada, con más

miedo que cuando entraron. También notan el frío que deja mi hija al pasar a su lado mientras sube y baja las escaleras y atraviesa la entrada. Eso siempre me ha dado pena, que mi niña deje ese frío.

Al cabo de un par de semanas los periodistas desaparecieron y nosotras acabamos lo que teníamos a medias. El otro desgraciado se había librado durante demasiado tiempo de lo que le había hecho a mi niña. Podría haberme encargado de él antes, pero me daba pena no volver a ver a mi hija. Creía que en cuanto se lo diésemos a las sombras del armario, lo que quedaba de mi niña se iría y yo no volvería a verla ni cuando me muriese, porque sé que cuando me muera me voy a quedar entre estas cuatro paredes. Los santos no me van a querer llevar por mucho que ahora vengan a la pared de la cocina, una cosa es un rato y otra para siempre.

La guardia civil no volvió por aquí, ni por uno ni por otro. Del marido de la Emilia nunca encontraron ni rastro, ni una sola pista, y se olvidaron pronto. El caso del niño siguió abierto, pero al cabo de un tiempo ni siquiera las llamadas del padre pudieron evitar que se olvidasen de él. A los policías al principio les intimidaba, luego les daba pena y al final les parecía un estorbo que no sabían cómo quitarse de encima. La Carmen me contaba todo eso, lo oía por el pueblo y luego venía a decírmelo porque sabía que me gustaba escucharlo. También me decía que la madre apenas salía de casa. Ya no había amigas a las que enseñar la bodega ni viajes a Madrid para gastarse en un bolso lo que cobraba mi nieta en tres meses de aguantar al malcriado del mocoso ese. Decía que cuando salía parecía un alma en pena, esmirriá como una vara y con la cabeza baja.

Mira, las tierras no se las quitamos pero la cabeza se la bajamos. En vez de respeto o miedo, ahora lo que les tiene la gente es pena. Siguen teniendo dinero porque a todo no llegan los santitos pero en vez de ir tras ellos como un monaguillo idiota detrás del cura ahora la gente les rehúye y se les aparta. Todo el mundo sabe que la desgracia se pega y nadie la quiere cerca. Se te clava dentro y a ver luego cómo te la sacas.

La Carmen dejó de poder venir a contarme cosas porque se rompió la cadera y los sobrinos la llevaron a una residencia, a la misma que a la María, una de las baratas porque la Carmen había trabajado toda la vida pero apenas tenía pensión. Los señores no

habían cotizado por ella ni un solo día, al principio porque eso no se estilaba y luego porque no les dio la gana. Le dijeron que si se empeñaba la echaban porque además ya estaba vieja y seguro que una peruana o una colombiana hacía lo mismo por menos dinero y sin protestar. Nos llamamos por teléfono pero no es lo mismo porque en la residencia está lacia y mustia y apenas habla. Con lo que ella era, que no había manera de que se callase y ahora para que diga tres palabras seguidas se las tienes que sacar con sacacorchos. Sé que se va a morir de pena. Ahora a eso le dicen depresión pero aquí toda la vida ha sido morirse de pena. Dejaban de salir de casa, dejaban de comer y dejaban de querer vivir y al cabo de un tiempo se morían, y eso es lo que le está pasando a la Carmen. Ojalá venga a verme cuando se muera. Yo sé que a ella sí se la van a llevar las santas porque no le ha hecho daño a nadie nunca, ayudaba a todo el mundo. A los señores y a la guardia civil sí les tenía rabia pero a nadie más. Ojalá le dé tiempo a venir a despedirse antes de que se la lleven. No sé si alguna vez se imaginó lo que había pasado con el niño porque nunca preguntó y yo nunca le conté. Era mucha carga esa para que la llevase ella, que no había tenido nada que ver. Me gustaría contárselo antes de que se vaya, pero tengo miedo de que se quede atrapada aquí en la casa si lo hago por si se acuerda de la rabia que le tenía a esa familia y ya no quiera irse.

A mi nieta también le costó llevar la carga al principio. Pensaba que la guardia civil iba a venir en cualquier momento a por ella para llevársela otra vez. Por las noches repasaba en sueños lo que había dicho en el interrogatorio. También balbuceaba algo sobre el armario, repetía lo que había dicho aquel desgraciado mientras lo guiaba del brazo escaleras arriba. Nosédequémehablas, nosédequémehablas. La oía murmurar lo mismo una y otra vez desde la cama. Se levantaba con la boca pastosa y ojeras moradas bajo los ojos, como si no hubiese dormido en toda la noche. Cuando estaba despierta no lo mentaba, pero le veía en la cara que estaba pensando en ello. No salía de la casa y apenas comía. Pasaba el día tumbada en la banca, se le perdía la mirada y ahí yo le veía que lo estaba rumiando otra vez. Yo sabía que no iban a encontrar nada pero no había manera de convencerla. Daba igual lo que le dijese. El comezón se le había agarrado a las tripas y no se le iba. Tuve

miedo de que se le quedase dentro y se dejase morir como estaba haciendo la Carmen.

Una noche la desperté mientras hablaba en sueños y la obligué a levantarse de la cama. No podía aguantar más aquello. Me tenía toda la noche en vilo, trastornada con las frases que repetía entre dientes sin descanso. Ella dormía pero yo velaba porque no había manera de cerrar los ojos con ese soniquete de desquiciada que se traía. Cuando la desperté parecía que en vez de sacarla del sueño la estuviese sacando del fondo de un pozo. Sudaba y temblaba como si tuviese fiebre y nada más abrir los ojos me miró como si no me hubiese visto nunca ni supiese dónde estaba. Tenía la boca llena de una baba blanca espesa que le había formado grumos en las comisuras de los labios y las ojeras más profundas y más oscuras que nunca.

La agarré de la mano y tiré de ella hacia el armario, al otro lado de la alcoba. No podía más con aquello, nos íbamos a desquiciar las dos. La madera crujió y la puerta se abrió unos centímetros. Podía sentirle el ansia. Le pedí a mi nieta que me ayudase a empujar el mueble para alejarlo de la pared. Pesaba como un demonio, como si estuviese lleno de piedras. No quería que lo moviésemos. Me agaché junto a la pared y conté los ladrillos pasando el dedo por encima. No me acordaba de la última vez que había hecho aquello, pero debían de haber pasado muchos años, antes de que naciese mi nieta. Durante mucho tiempo miraba todas las semanas a ver si mi padre se había movido, pero luego me di cuenta de que no iba a irse de allí. Nosotras no podíamos irnos de la trampa que nos había tendido pero él tampoco.

Empujé el ladrillo por uno de los lados hasta que se movió. Lo saqué con cuidado tirando de él. El yeso de la pared se descascarilló y una parte cayó al suelo. Mi nieta me miraba con los ojos vidriosos de sueño, sin entender muy bien qué estaba haciendo. Después de echar un vistazo dentro me puse de pie apoyándome en la pared porque las rodillas me dolían como condenadas. Le tendí la linterna que tengo en el cajón de la mesilla para cuando se va la luz, que en esta casa no hay que quedarse nunca del todo a oscuras.

Cogió la linterna y se arrodilló sin decir nada. No sé si para entonces ya había vuelto del pozo ese donde se iba cuando dormía pero la expresión de la cara le había cambiado. Seguía sudando

pero apretaba la mandíbula. Se apartó el pelo pegado a la frente y encendió la linterna. La casa se estremeció. En el piso de abajo las puertas se abrieron y cerraron con fuerza y las ollas y las sartenes golpearon contra el suelo de la cocina. Hacía mucho que no formaban un estrépito como ese. A veces se atrevían a tirar un cubierto que estaba sobre la mesa o a abrir unos centímetros algún mueble, pero no llegaban a tanto desde hacía mucho tiempo.

Puso la linterna en el hueco del ladrillo y acercó la cara a la pared. Movió la luz de un lado para otro hasta que lo vio. Supe que lo había visto porque se sobresaltó pero luego juntó la cara todavía más. El cabello húmedo por el sudor se pegó al yeso. Recorrió las tres figuras con el haz de la linterna. La más grande seguía apoyada en el mismo sitio de siempre, con la boca abierta y las cuencas de los ojos vacías. A su lado había otra, también de un hombre. Se notaba que llevaba allí mucho menos tiempo, la casa todavía no lo había consumido del todo. La tercera apenas medía un metro. Estaba recostada contra el muro, con las piernas estiradas y las manos tendidas a lo largo del cuerpo. Tenía los ojos cerrados.

Mi nieta se apartó de la pared y colocó de nuevo el ladrillo en su sitio. Apagó la linterna y se levantó del suelo. Se sacudió el polvo de los pantalones del pijama y el yeso del pelo. La casa se había quedado en silencio, solo se escuchaba a los gatos en el patio trasero. Cuando hacía calor no dormían dentro. Empujamos el armario hasta colocarlo otra vez en su lugar. Después nos metimos cada una en su cama y apagué la luz de la mesilla.

Agradecimientos

A mi abuela materna, por dejarme contar la historia de su casa y de su familia. Por explicarme las vidas de los santos y enseñarme a escucharlos. Por hablarme de los muertos que se aparecen en una esquina de la alcoba. A mi madre, por creer en la venganza. A mi padre y a mi hermano, porque sé que están orgullosos de esta historia aunque no lo digan. A Sara y Munir por ser mis primeros lectores. A Victoria, mi editora, por las correcciones y la ayuda, pero sobre todo por creer en esta novela. A José, porque desde que le conté por teléfono que había descubierto que mi bisabuelo «vivía de las mujeres» ha sido parte de la historia que cuenta este libro y ha sido parte de mi historia.